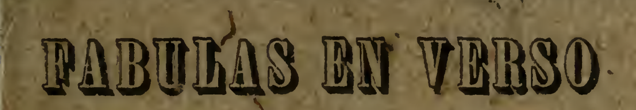

3 1761 08820097 7



FABULAS EN VERSO

ORIGINALES.

POR

C. Arenal de Carrasco.



MADRID:
Imprenta de Tomas Fortanet.
Calle de la Greda número 7.
1851.

Al Sr. D. Gregorio Ho-
fonso Cidoncha su af-

La autora

FABULAS EN VERSO

ORIGINALES.

POR

C. Arenal de Carrasco.



MADRID
Imprenta de Tomas Fortanet.
Calle de la Greda número 7.
1851.

A la respetable memoria de mi bueno y desgraciado padre.

C. Arenal de Carrasco.

FABULA PRIMERA.

EL SOBRIO Y EL GLOTON.

Habia en un lugaron
Dos hombres de mucha edad,
Uno de gran sobriedad
Y el otro gran comilon.
La mejor salud del mundo
Gozaba siempre el primero,
Estando de Enero á Enero
Débil y enteco el segundo.
¿Por qué, el tragon dijo un dia,
Comiendo yo mucho mas

Tu mucho mas gordo estás?
No lo comprendo á fé mia.
—Es, le replicó el frugal,
Y muy presente lo ten,
Porque yo digiero bien,
Porque tu digieres mal.
Haga de esto aplicacion
El pedante presumido
Si porque mucho ha leido
Crée tener instruccion,
Y siempre que á juzgar fuere
La regla para sí tome:
—*No nutre lo que se come*
Sino lo que se digiére.



FABULA II.

EL RIO Y EL ARROYO.

Naciendo uno de ella al par
El otro en remoto suelo,
Un rio y un arroyuelo
Llegaban juntos al mar.
En ancho cauce y profundo
Turbio corria el primero;
Estrecho, claro y somero
Deslizábase el segundo.
Huyendo la muchedumbre
Y de un niño en compañia,
Un hombre á dar acudia
Su paseo de costumbre.
Este rato de solaz
Aprovechóle en correr,
Hizo gana de beber
Y beber quiso el rapaz.

Díjole el padre—¿No ves
Que estas en sudor bañado?
Reposa un tanto á mi lado
Para que bebas despues.
El muchacho obedeció,
Que era de condicion buena,
Y sentándose en la arena
A refrescarse esperó.
Como está impaciente, muda
Una y otra vez de asiento,
Mas parándose un momento
Formal espone una duda.
—¿Por qué será, padre mio,
Esto que siempre reparo?
¿Como está el arroyo claro
Y no lo está nunca el rio?
—Hijo, allí cerca del mar
Nace puro el arroyuelo,
Y nada encuentra en el suelo
Con que se pueda enturbiar,
Si hallare casualmente
Tierra que enturbiarle deba
Nunca á los mares la lleva
Su escasa y débil corriente.
Viene de lejanas tierras
Este rio caudaloso

Y por terreno fangoso
Y por montes y por sierras.
Y pasa por las ciudades
Cuya inmundicia, hijo mio,
Enturbia el agua del rio
Como el alma sus maldades.
Y mas la orilla dilata
Y cada vez mas potente
Su irresistible corriente
Todo al pasar lo arrebata.
Enturbiado este, y profundo,
Claro y no profundo aquel,
Nos presenta un cuadro fiel
De lo que pasa en el mundo.
El que apacible y serena
Busca sencilla la vida
¿Habrá cosa que le impida
Hallarla dichosa y buena?
Mas sintiendo la inquietud
De alguna grande pasion
Peligra en el corazon
La ventura y la virtud.
No olvides nunca, hijo mio,
Que es dificil, te lo juro,
Ser como el arroyo puro
Y ser grande como el rio.

FABULA III.

EL OSO Y EL LOBO.



En la cristalina fuente
Que tan pura el agua lleva
En su rápida corriente
Y se llama rio Deva
Cuando llega al mar potente.
Y de Julio caluroso
Como á las doce del dia,
Llegó á beber presuroso
De un lobo en la compañía
Grande y corpulento un oso.
El aura suave y pura,
Y la pradera florida,
Y la fuente que murmura,
Todo á descansar convida
Y paz ofrece y ventura.

Sentáronse á descansar
El lobo y el oso juntos
No viendo á nadie llegar,
Y despues de otros asuntos
Pónense de este á tratar.

Ya me acerco á la vejez,
Dijo el lobo, y por mas traza
Que en ello pongo ¡pardiez!
Cada dia hay menos caza
Y mas hambre cada vez.

Pasan del Abril las flores,
Pasan las nieves de Enero
Sin que en estos alredores
Logre atrapar un cordero
A los malditos pastores.

—Te está muy bien empleado,
Respondióle grave el oso,
¿Por qué del hambre acosado
No has de tragar, melindroso,
De yerba un solo bocado?

¿Por qué no comes manzanas
Ni peras ni moscatel,
Que de nombrarle entro en ganas,
Ni maiz, ni rica miel,
Ni cerezas, ni avellanas?

¿Tiene de razon asomo
Tu carnicera manía?
Come de todo, cual como,
Que si no, por vida mia,
Flaco has de tener el lomo.

Si acaso de hambre te mueres
De mi cariño leal
Ni el menor auxilio esperes;
No es lo que te pasa un mal
Si no porque tu lo quieres.

Mas el lobo replicó:
—Si comer frutas no puedo.—
—Pues qué, no las como yo?
No auxiliaré, no haya miedo
Al que la razon no oyó.

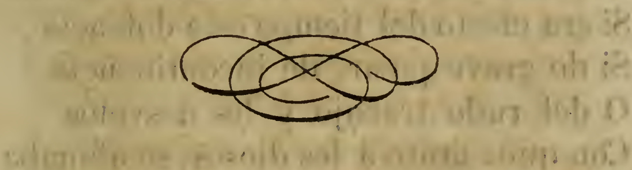
Así hallamos en la vida
Moralistas como el oso
Que intentan, cosa es sabida,
Con aire magestuoso
Cortarnos á su medida.

Poco es que la humanidad
Contra sus dogmas arguya,
No hay otra felicidad
Ni otra razon que la suya,
Ni tampoco otra verdad.

Si de un pecho dolorido
No comprenden la amargura
Esclaman: ¡*dolor fingido*!
Y es necedad ó locura
La pasion que no han sentido.

Por no sé que facultad
Del mundo se juzgan dueños,
Y su grave necedad
creced; dice á los pequeños,
Y á los grandes, *acortad*.

Años hace que le oí
Decir como regla á un viejo
Y la guardé para mi,
« *Que el sabio al dar un consejo*
« *Se acuerda poco de sí*»



FABULA IV.

EL LEON ENFERMO.

Enfermo y gravemente
De los bosques hallóse el soberano
Leon, como decimos vulgarmente.
Su estómago hasta allí cual pocos sano,
Ni el mas leve sustento digería
Sin dolor infinito,
Aunque su majestad solo comía
Lechon, tierno cordero, algun cabrito.
Si era efecto del tiempo esta dolencia,
Si de grave pesar, de incontinencia
O del rudo trabajo y los desvelos
Con que, grato á los dioses, se afanaba
El cetro á sostener de sus abuelos
Para el público bien y por su gloria,
Es un punto dudoso de la historia.
Mas lo que está probado

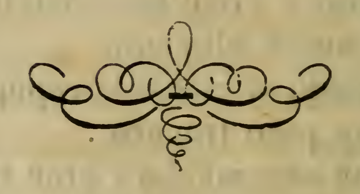
De un modo positivo y concluyente,
Es que al verse doliente
Tuvo su majestad la estraña idea
De reunir al punto una asamblea
Y en ella discutir de cuál sustento
A su estómago débil convendría,
Y de cuál se abstendría
Por nocivo é indigesto.
La turba cortesana, por supuesto,
Al escuchar del rey el pensamiento,
Le pareció muy bien segun costumbre.
Envíanse correos
Que veloces recorran los estados
Para que diputados
Envie cada especie al gran congreso.
Reunida por fin la muchedumbre
Jura dar en conciencia
Su humilde parecer, de cuyo peso
Será juez el monarca; y él primero
Espone con voz débil su dolencia.
Hablar le toca, y habla un carnicero
Diciendo que el enfermo se alimente
Con abundante carne ensangrentada.
Levántase otro que de aquel disiente,
Pues aunque sea cierto
Que es la carne alimento grato y sano,

Mas saludable fuera al soberano
De animal que ya dias lleve muerto.
Un herbívoro en turno estaba luego,
El cual con voz sonora y mucho fuego,
Dijo que el rey en breve moriría
Si obstinado seguía
Cubriendo de cadáveres su mesa.
La verde yerba, la sabrosa fruta,
El rubio grano y el panal dorado,
Que la vista recrea y embelesa,
Decia el oso, le darán la vida.
Fué su idea aplaudida
Pero trabóse en breve una disputa
Entre los pitagóricos señores.
El maiz, la cebada y el centeno,
La uva, la castaña, la bellota,
El regaliz, el heno
Y cuantos vejetales
Alimenta la tierra en su ancho seno,
Tuvieron entre aquellos animales,
Fieles, sino ilustrados defensores.
Y cada cual al rey le recetaba
El alimento mismo que él usaba.
Despues de mucho tiempo y gran ruido
El punto dió su majestad leonesa
Por suficientemente discutido;

Le puso á votacion y con gran priesa
En lugar de pesar los votos cuenta.
La *Prudencia* (aunque estraña cosa sea
Verla en una asamblea,)
Estaba allí, (de paso por supuesto)
Que en tales reuniones no se sienta,
E imponiendo silencio con un gesto:
«Rey infeliz, le dijo, eres perdido
»Si en recibir consejo asi consientes
»De séres que de tí son diferentes,
»Y una vez que consejo hayas pedido
»Tienes tan poco seso,
»Que el número calculas y no el peso.»
El monarca la oyó sin hacer caso
Y viendo que de aquellos animales
El número menor por carne estaba,
Resolvióse á vivir de vejetales.
Pero el nuevo alimento
De tal modo al monarca repugnaba
Que muy poco tragaba
Y eso con asco mucho y gran tormento.
A poco que este plan hubo entablado
Murió de inanicion el desdichado.

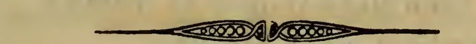
Cuando muchos votos son
Como eran en esta historia,

No cuentes con la memoria
Pésalos con la razon;
Ni busques jamás consejo
En hombre que no es tu igual,
Aconsejaráte mal
Aunque bueno, sábio y viejo,
Cada cual juzga por sí;
Diráte la verdad fiel;
¿Pero qué verdad? La de él
Que no es verdad para tí.



FABULA V.

LA PERA VERDE Y PODRIDA.



Iba un dia con su abuelo
Paseando un colegial,
Y debajo de un peral
Halló una pera en el suelo.
Mírala, cógela, muerde,
Mas presto arroja el bocado
Que muy podrido de un lado
Estaba, y del otro verde.
Abuelo, cómo será,
Decia el chico escupiendo,
Que esta pera que estoy viendo
Podrida aunque verde está?
El anciano con dulzura
Dijo, vínole ese mal
Por caerse del peral
Sin que estuviera madura.

Lo propio sucede al necio
Que estando en la adolescencia
Desatiende la prudencia
De sus padres con desprecio.
Al que en sí propio confia
Como en recurso fecundo
E ignorando lo que es mundo
Engólfase en él sin guia.
Quien asi intenta negar
La veneracion debida
En el campo de la vida
Se pudre sin madurar.



FABULA VI.

LA VERDAD EN LA FERIA.

Polvos de no envejecer
Pregonaba en una feria
Un hombre de mejor traza
Que tienen por comun regla
Los que á esplotar se dedican
La credulidad agena.
Unos por ver como miente,
Otros por ver qué revela,
Los mas sin saber por qué,
En gran número le cercan.
El repite su pregon
Diciendo que la esperiencia,
Escepcion no ha presentado
Ninguna, grande ó pequeña
Que la admirable eficacia
De aquellos polvos desmienta.

Crece la curiosidad,
Crece la bulla y la gresca.
Unos empujan y rien
En tanto que otros reniegan;
En fin, otros impacientes
Sacan algunas monedas
Y al punto en cambio reciben
De los polvos la receta.
Desdobláronla curiosos
E impacientes de leerla.
Decia asi: «Corporal,
»La gallardia, y la fuerza,
»Los atractivos y encantos
»De eso que llaman belleza,
»Gócese mientras se tiene,
»Mas siempre en poco se tenga,
»Que en breve el tiempo la arrastra
»Como el viento una hoja seca.
»Mas la hermosura del alma
»El tiempo no se la lleva.
»Quien aprende lo que es útil,
»Y lo que sabe aprovecha,
»Quien conforme á su aptitud
»Cultiva el arte ó la ciencia,
»Quien de las malas pasiones
»El perverso instinto enfrena,

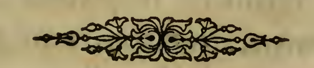
»La felicidad buscando
»Donde estar puede, en las buenas,
»Sus atractivos hará
»Que estén del tiempo á la prueba,
»Y aqui de no envejecer
»El gran secreto se encierra.»
La gente que se esperaba
Hallar cosas estupendas
Grita del chasco corrida:
¡Pues trae noticias frescas!
¿Y por esto el gran bribon
Nuestro dinero nos lleva?
Enarbolan los garrotes,
Amenázanle con piedras,
El hombre ya intimidado
Les devuelve las monedas
Y huyendo la silva y grita
Váse á la casa mas cerca.
Era el amo hombre discreto
De buen juicio y alma recta,
Y acogiéndole benigno
Le dijo de esta manera.
—¡Pero hombre de mis pecados!
¿Habeis tenido la idea
De dar al pueblo razones
Cuando prodigios desea

Y creido que á pagarlas
Iba en corriente moneda?
Digerais que vuestros polvos
Se hacian con unas yerbas
Que crecen en las orillas
De un rio que corre en Persia,
Mezclando el asta de un ciervo
Que viene de Filadelfia,
El pico de un avestruz,
El diente de una culebra,
Y una lava portentosa
Que de Islandia se acarrea,
Cogida con grave riesgo
De los cráteres del Yecla.
Con estos y otros dislates
Quedára muy satisfecha
La gente, buscára luego
El pico, el diente, las yerbas,
y el mineral, por boticas,
Por droguerias y tiendas,
Y vos quedarais pagado
Dejándola asi contenta.
—¿Y despues?—Se iban á casa.
—¿Y yo?—Ibais á otra feria.
—¿Que debe mentirse al vulgo
Sacais en consecuencia?—

—No lo digo hablando en sério
Aunque tal vez lo merezca
Ya que aplaude al que le engaña,
Y escarnece al que le enseña.
Mas digo que la razon,
Y esto propio afirma ella,
Es género poco usado
Que no halla en la plaza venta,
Y reservarle es cordura
Para alguno que le quiera.
—¿Y vivir oscurecido
Y tal vez en la miseria?
—Es posible.—¿Y presenciar
De un impostor la opulencia?
—Posible tambien.—¿Y ver
Como una inmoral leyenda
En que el misterio del crímen
Con cinismo se revela,
Una historia monstruosa
De insulsas fábulas llena,
Un dráma que ni el pudor
Ni el buen sentido respeta,
Otro que acordarnos hace
Del gran cerco de Viena
A sus autores procuran
Honores, fama, y hacienda,

Mientras oscuro y hambriento
Sucumbe un hombre de ciencia?
Yo creí que la escepcion
Esa que decís fuera
Y lo juzgo todavía.
—Pues amigo no, es la regla.
—¿Y pensais que tal desórden
Mucho tiempo durar pueda?
—No solo temo que dure.
—Pues qué temeis?—Que crezca.
¿Por ventura se estimula
Con honores ni riquezas
Al que en útiles estudios
Consume su vida entera?
¿Por ventura se persigue
Ni aun en la forma indirecta,
Al que especula en decir
Lo que ignorarse debiera,
Y del crímen al formar
La escandalosa epopeya,
No bastándole copiar
Fecundo en maldad inventa?
¿Por ventura en este siglo
Son tan vivas las creencias
Que se haga el bien por el bien
Sin esperar recompensa,

Y se rehuse del mal
La lucrativa carrera?
Mientras los hombres de estado
Los que dicen que gobiernan,
De lo que es gobierno y órden
No se formen otra idea;
Mientras juzgue inapreciable
A todo escritor *la venta*
Que desdeña lo que instruye
Y busca lo que deleita;
Mientras triunfe la ignorancia
Y trocadas las ideas
La libertad de hacer mal
Llamada libertad sea,
No faltará quien esplote
Mina de tan rica vena,
Ni quien verdades se calle,
Ni quien por dinero mienta,
Ni quien tome la leccion
Que á Vd. le han dado en la feria.



FABULA VII.

EL PERRO Y EL GATO.

Si no hubo malicia ó yerro
De la historia en el relato,
Estábase cierto gato
Mano á mano con un perro.
Ponderaba entusiasmado
De su maña en recompensa,
Sus asaltos de despensa
Sus victorias de tejado.
Ya descuelgo una morcilla
Aunque esté lejos del suelo,
Ya en el sótano me cuelo,
Ya sorprendo una guardilla.
Si es lerda la fregatriz
¡Ay qué almuerzos! una polla
O la carne de la olla
Y el besugo y la perdiz.

Aunque me dicen—¡Maldito!—
La maldicion no me alcanza,
Tenga yo llena la panza
Lo demas importa un pito.
No se yo porque aprension
Estás siempre con tu tema,
Es muy sencillo el dilema
Comer mal ó ser ladron.
No sabes lo que es buen queso,
Ni buen pescado, ni flan,
Ni otra cosa que mal pan
O algun descarnado hueso.
Y en vez de la libertad
Que en mi tejado poseo,
Ir con tu amo de paseo
Sujeto á su voluntad
¿Y cuál es de esta virtud
El gran premio, las delícias?
Cuatro inútiles caricias,
El hambre y la esclavitud.
Te luces por San Martin,
Si tal galardon pretendes.
—Hablas de lo que no entiendes,
Respondió grave el mastin,
No tengo grandes regalos
Como te sucede á tí;

Mas tampoco andan tras mí
A maldiciones y á palos.
Dirás que entre veces mil
Diez apenas te darán,
Mas vale cariño y pan
Que odio con dulce y pernil.
¿Te sonries con malicia?
Te sonries y no lloras,
¡Miserable! porque ignoras
Lo que vale una caricia.
Gustárasla una vez sola,
Esta que ventura llamo
Cuando me acaricia el amo
Y yo meneo la cola.
Cuando alguno me hace mal
O si hacérmelo pretende,
Mi defensa al punto emprende
Aun con riesgo personal.
Con el afan y el ahinco
Que me abalanzo á su cuello
Y el placer que tengo en ello
Y á su alredor corro y brinco.
Entonces no esclavitud
En la mansedumbre vieras,
Ni tontería dijeras
Que es la dulce gratitud.

¡Que no tengo libertad!
¡Que la tienes tu mayor!
¿No sigo á mi bienhechor
Por cariño y voluntad?
¿De que no puedes gozar,
Que gozar no debo infieres?
¡Miserable! hay mas placeres
Que el de comer y robar;
Hay mas..... Pero fuera yerro
Decírselo al mentecato
Que..... ¿puede entender un gato
La felicidad de un perro?
¿Sabe el goloso ruin
La dicha exenta de hiel
Que en ser querido y ser fiel
Puede tener un mastin?
Y del perro entusiasmado
Era el razonar tan grave
Que responderle no sabe
El gato, y vase cortado.
Consejo encierra y profundo
Del perro y gato la historia,
Trayendo á nuestra memoria
Lo que sucede en el mundo.
El bien que á todos escede
Suele no llamarse bien,

Y aun le mira con desden
El que alcanzarle no puede.
Mas el juego y la carroza
Y la alfombrada escalera,
Eso lo entiende cualquiera,
Porque cualquiera lo goza.
Y la comun medianía
Ni muy buena ni muy mala,
Ve del perverso la gala
Sin comprender su agonía.
Que juzgando por sí mismo
Juzga el vulgo siempre mal
El dolor del criminal
Y el placer del heroismo.
Y si penetrar pudiera
De entrambos el corazon,
Que ha envidiado sin razon
Y que ha desdeñado viera.
Estraviada multitud,
No creas en la ventura
De la indigna criatura
Que escarnece la virtud.



FABULA VIII.

LOS DOS CABALLOS.



Cuidaba mucho un francés
Dos caballos por su mano;
Era el uno jerezano
Y era el otro cordobés.
Ambos de ardiente mirada,
Ambos de fuerte resuello,
Grueso y encorvado el cuello,
La cabeza descarnada.
Era tanta su apostura
Que yo afirmo sin recelo
Pudieran ser el modelo
De Pablo en la fiel pintura.
Tenía el cordobés ya
Dada, y con bastante esmero,
La instruccion de picadero
Que á un buen caballo se dá.

Corbetas, saltos atras,
Con soltura bracear,
Paso de posta, trotar,
Gran galope y nada mas.
Educado el jerezano
Con destreza y tino raro
Bailaba, saltaba un aro,
Respondia con la mano.
Y no con poca sorpresa,
Justo el público aplaudió
Cuando la polca bailó
Y cuando comió á la mesa.
Otras mil habilidades
Hacia que no refiero,
Ganando muy buen dinero
Por villas y por ciudades.
En una (su nombre ignoro)
Quísole un inglés comprar
Y por él llegaba á dar
Cantidad, y grande, de oro.
Hizo instancias el inglés
Pero el amo resistía,
Ofreciendo si quería
Mas barato el cordobés.
Ya podeis, dijo el britano,
Pues de los dos animales

Mas que el cordobés reales
Duros vale el jerezano.
Pardiez, singular ajuste,
Dijo al verlo un mozalvete
Boqui-rubio y regordete
De pocos años y fuste.
¡Linda idea! ¿Padre mio,
Si son estos animales
Absolutamente iguales
En hermosura y en brio,
Será cuerdo y oportuno
O una solemne sandez
Por llevarse el de Jerez
Ofrecer veinte por uno?
El mismo pelo y alzada,
El mismo cuello encorvado.
—Hijo, el uno está educado
Y el otro no sabe nada.
Al hacer la tasacion
Del valor de cada cual
Olvidaste, y haces mal,
De apreciar la educacion.
Parangon apenas cabe,
De escucharlo no te asombres,
En caballos como en hombres
Entre quien ignora y sabe.

La proporcion que has oido
No es ni con mucho bastante,
Si vale uno el ignorante
Vale mil el instruido.



FABULA IX.

EL ESPEJO Y LA VERDAD.

En uno de los viajes
Que tuvo la mala idea
De hacer no se con que objeto
La verdad sobre la tierra,
Oyó de un espejo amigo
Sentidas y amargas quejas.
¿De qué me sirve, decia,
Que fiel á tus advertencias
Repita forma y colores
Con semejanza perfecta,
Lo mismo al pobre mendigo
Y al que nada en la opulencia,
Al labrador y al herrero
Como á los reyes y reinas,
Y diga la verdad pura
Sin rodeos ni cautelas?
Vánse de mí satisfechos
Aunque increible parezca,

Igualmente los hermosos
Que los de horrible presencia.
Digo á un viejo:—Esa peluca
Se vé desde media legua,
Y él va muy hueco pensando
—Nadie que es peluca acierta.
Dígole:—Tienes arrugas
A una remilgada vieja,
Y ella piensa allá entre sí
—Pues tengo la cara tersa.—
Pónese el chato narices,
Otro vá y se las cercena,
El gordo se quita carnes,
El que es flaco las aumenta,
Multiplícase el pequeño,
El que es muy alto se resta,
Y en fin á ninguno he oido
Qué feo soy, ó que fea.
Si algun remedio eficaz
No buscas de esta epidemia,
Teme que tu santo imperio
Del mundo desaparezca.
No, respondió la verdad,
Con la faz grave y serena,
Mi dominacion es justa
Y será por eso eterna.

Si tal vez por escepcion
Se sustrae el hombre á ella,
Esta escepcion que te irrita
Casos hay en que aprovecha.
Dí: ¿si sordo el amor propio
A tus verdades no fuera,
Cómo se consolarían
Los horribles y las feas?
¿Qué mal hay si vá una jóven
Muy erguida y satisfecha,
Su fealdad ostentando
Como si fuera belleza?
¡Es ridícula! ¿Qué importa
Siempre que dichosa sea?
Abunda la vanidad
Porque el mérito escasea,
Y en paz vive cada cual
Ignorando su miseria.
Al ver un ente risible
Que hueco se pavonea,
Mas vano con sus defectos
Que otros hay con sus bellezas,
Los sábios de brocha gorda
El absurdo cacarean,
Y el hombre bueno y prudente
Bendice á la Providencia.

FABULA X.

EL TESTAMENTO DEL LEON.

Cerca se hallaba un leon
De sus dolores postreros,
Y tigres, Panteras, lobos,
Todos amigos ó deudos,
Dábanle muy compungidos
Mil inútiles consejos,
Meditando cada cual
Por qué industria ó por qué medio
Pescará la mayor parte
De los bienes del enfermo,
Que se murió hasta la cola
Sin hacer el menor gesto,
Sin decir una palabra
Ni otorgar su testamento.
Notáronlo cuatro ó seis
Que alejaron de alli el resto,

Por ver si logra, decian,
El paciente algun sosiego.
En busca de un escribano
Uno de ellos fue corriendo
En tanto que los demas
Atan al real pescuezo
Con disimulo un cordel
Que en la melena encubierto,
Y entre la ropa despues
Baja hasta cerca del suelo,
A beneficio del cual
Tirando, sin gran esfuerzo,
Del difunto á la cabeza
Comunique movimiento.
Cuando á su satisfaccion
Todo se hallaba dispuesto,
Dan entrada á los testigos
Y al escribano con ellos,
Que era un respetable zorro
Notario mayor del reino,
Al cual hicieron presente
El estado del enfermo,
Que hablar no le permitia,
Aunque el oido perfecto
Conservaba, y la cabeza
En cabal conocimiento.

Presentáronle unas notas
Que el rey mismo habia puesto,
En las cuales espresaba
Su voluntad y deseo.
Mas por si hubiese cambiado
En el instante supremo,
Las cláusulas una á una
Irle podia leyendo.
Y él por señas le daria,
O no, su consentimiento.
Hízose asi; preguntaba
El escribano, y corriendo
Tiraba del cordelito
Uno de los herederos,
E inclinaba la cabeza
Para decir que sí, el muerto.
Hechólo de ver el zorro,
(Que no debia ser lerdo)
Y quiso tener su parte
Lucrativa en el enredo.
Pregunta con gravedad
Si el rey de su amor en premio,
Al infrascrito escribano
Deja trescientos mil pesos.
A la pregunta siguióse
De la sorpresa el silencio,

Sin que el testador hiciera
El mas leve movimiento,
Lo cual visto por el zorro
Dijo al vecino muy quedo;
O se tira para todos
O está para todos muerto.
El de la cuerda, pensando
Que no habia otro remedio,
Tiró para el escribano
E hízole coheredero;
Que mal puede castigar
Quien es de crímenes reo.
Por eso hace tanto daño
Desde arriba el mal ejemplo.
Cómplices ó acusadores
Han de ser los subalternos
Del jefe que lo es en vano
No siendo en virtud primero.
Para reprender al malo
Es la condicion ser bueno,
Sin lo cual la autoridad
Es vana, vano el derecho.



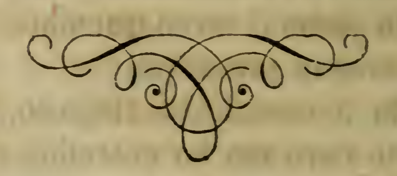
FABULA XI.

EL ATURDIDO.

De química un profesor
Porque á su intento convino,
Con espíritu de vino
La humedece, y sin temor
A su mano aplica fuego,
Que ardía sin propio daño,
Y del fenómeno estraño
La esplicacion daba luego.
Viólo un mozo casqui-vano
Que la esplicacion no oyó,
Y lo propio ejecutó
Mojando en agua la mano.
Demás está el afirmar
Que se abrasó, el mentecato,
Vino el padre á poco rato
Y le oyó asi lamentar:

¡Oh! qué terrible dolor,
Ved como tengo el pellejo;
Por seguir vuestro consejo
Esto me pasa, señor,
—¿Mi consejo por seguir?
Díjole el padre asombrado,
—¿Lo que en clase haya observado
No me mandais repetir?
Si es sencillo esperimento
(¡Ay! la mano se me abrasa!)
No me decis «hazle en casa,
»Hazle otra vez, hazle ciento?»
Pues bien: hoy el profesor
Con agua un vaso sacó
Y la mano en el metió
Mojándola en el licor.
Luego vá con mucha flema,
La pone junto á la llama
Y la mano se le inflama,
Y (esto pasma) no se quema;
Yo lo mismo practiqué
Cuando á casa hube llegado,
Y harto caro me ha costado,
Viéndolo estais, me abrasé.
¡Ah! ¡señor! El otro dia
Deciais, «la imitacion

« Ayuda la educacion. »
—Y lo repito á fé mia.
Tornó el padre á replicar:
Ni se yo por que te quejas;
Lo que referido dejas
¿Es por ventura imitar?
El que en ayunas se queda
De la causa y la razon
Y á repetir va una accion,
Este no imita, remeda.
El que la razon medita
Y al repetir lo que vé
Sabe el cómo y para qué,
Este no remeda, imita.
Y ya que dártela puedo
No olvides esta leccion:
Es útil la imitacion
Es pernicioso el remedo.



FABULA XII.

EL NIÑO Y LA ORTIGA.

En un dia de solaz
Y por el campo corriendo,
Una grande ortiga viendo
Cogióla incauto un rapaz.
Costóle caro el error
A la infeliz criatura,
Y cual de una quemadura,
Sentia el terrible ardor.
A su buen padre buscando
Que de lejos le ha observado,
Mohino y atribulado
Cuéntale su mal llorando.
Señor, no sé como fué,
El mísero repetia,
Os lo aseguro á fé mia
Que casi no la toqué.

—De ahi viene tu perdicion,
Que si apretádola hubieras,
Dijo el padre, no sintieras
La terrible comezon.
—¿Apretándola?—Cabal,
Así como te lo digo,
Ese cruel enemigo
Es débil, superficial.
¿Ves como la aprieto yo?
Pues nada tiene de estraño;
Tocándola te hará daño,
Mas destruyéndola no.
Si entre malvados te obliga,
A que vivieres la suerte,
Esta cualidad advierte
Que tienen como la ortiga.
Es el perverso insolente,
Porque es el bueno apacible;
Para el que tiembla temible,
Medroso para el valiente.
El supremo Hacedor pio,
Nególe gran corazon;
No sé si tendrá escepcion,
Pero es la regla, hijo mio.

FABULA XIII.

LOS GEMELOS.

Robusta sucesion y numerosa
Recibió el amor propio de los cielos,
Orgullo y *vanidad*, tubo gemelos
A riesgo de la vida de su esposa.
Ella enana, de talla él prodigiosa,
Son los hermanos desde pequeñuelos
Esento de temor uno y recelos,
Otra apocada, débil y medrosa.
Júpiter que observó en los dos hermanos
El carácter, la fuerza y proporciones
Dijo: «Que en mis dominios soberanos,
Haya dos razonables divisiones,
Tú *Vanidad*, inspira á los medianos,
Y tú *Orgullo*, á los grandes corazones.»

FABULA XIV.

EL OSO Y EL RELÓ.

Solia un piamontés
Dar lecciones á un gran oso,
Que por torpe ó perezoso
Danzaba mal en dos piés.
Aunque fácil la leccion,
Harto poco adelantaba,
Y el hombre ya se cansaba
De tanta repeticion.
Díjole, voy á salir,
Tu entre tanto bailarás,
Y si no adelantas mas
A palos te habré de hundir.
Compasion el oso implora,
Pero el maestro implacable
Dá por plazo improrogable
Para aprender una hora.

Sujeta bien la cadena,
Renuévale la promesa,
Vá despues junto á una mesa,
Dá vuelta á un reló de arena
Diciendo: aqui está ¿le ves?
No te dejo hueso sano
Si al caer el postrer grano
Lo haces mal; hasta despues.
Y apenas hubo salido
Recapacitando el oso,
Concibió un plan ingenioso
Y ejecutólo atrevido.
La arena, segun reparo,
Llévase el tiempo al caer,
Si la logro detener
No corre el tiempo, esto es claro.
¡Gran idea! de este modo
Ahora descanso un poquito,
Luego la danza ejercito,
Así hay tiempo para todo.
Puso el deseo por obra
Diestro inclinando el reló,
Y á descansar se acostó
Sin inquietud ni zozobra.
Durmióse, era natural;
Hasta que oyendo la puerta,

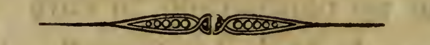
Asustado se despierta
Y tiembla el pobre animal.
Viendo á su maestro entrar,
Mientras la ropa mudaba,
Puso el reló como estaba
Y él como siempre á bailar.
Pues adelantas bastante!
Díjole fuera de sí
El amo, ¿qué has echo dí
Mientras falté yo tunante?
—Pero señor no es la hora.....
—El reló de posicion
Cambiaste, ¡mira el bribon
Con lo que nos sale ahora!
¿A tu inteligencia escasa
Parecióle idea buena.
Decir que cuando la arena
No cae, el tiempo no pasa?
Y enarbolando el baston
Con increible presteza,
Dióle de pies á cabeza
El premio de su invencion.
De este animal la ignorancia,
Sin quererlo nos recuerda
No mas ingeniosa y cuerda
Comun una estravagancia.

Entiéndese vulgarmente
Por el *quitarse los años*
Cuando del tiempo los daños
Tales restas no consiente.
¿Habrá mayor idiotismo,
Ni habrá pretension mas rara
Que no cambiando la cara
Negar la fé de bautismo?
No agregueis á la vejez,
Viejos de incógnita fecha,
Un mal de vuestra cosecha
Cual es la ridiculez.
De vuestra fama en perjuicio
No diga la razon dura
Que perdeis en hermosura
Sin haber ganado en juicio.
De ese trabajo penoso
Dejad la dura faena
Y dejad caer la arena
O dirán que haceis el oso.



FABULA XV.

EL JUGADOR GRAVE.



En amor y compañia,
Con numerosos testigos,
Dos hombres, no sé si amigos,
Estaban jugando un dia.
Y á ti que vas á escuchar
El cuento, diré de paso
Por ser cosa que hace al caso,
Que no era juego de azar.
Estaba el un campeon
Silencioso, concentrado,
Sin mirar á ningun lado
Ni oir la conversacion.
Y contraida la frente
Y su rostro echando fuego
Cual si tubiera del juego
Honor y vida pendiente.

El otro, que las jugadas
Piensa muy pocos instantes,
Charla con los circunstantes,
Y dá grandes carcajadas.
Y sin cuidado maldito,
Ni callado está ni quedo;
Si gana, le importa un bledo,
Si pierde, se le dá un pito.
Habia en la concurrencia,
De diversa catadura,
Un hombre de edad madura,
Y un jóven sin esperiencia.
Preguntóle el viejo:—¿Cuál
De aquellos dos jugadores
Con circunstancias mejores
Te parece, y mas formal?
—Bah! dijo el mozo, pues cabe
Buena duda en mi opinion,
El uno un botaraton,
Tan serio el otro, tan grave.
—Qué solemne disparate
Crees, repuso el anciano,
Apostára yo una mano
En favor del botarate.
Por Dios, que ha de tener seso:
Y ser un gran calabaza

Con toda su grave traza
Pensativo el otro y tieso.
El de actividad febril,
El de meditar capaz,
Busca un rato de solaz
En la diversion pueril.
Mas la pueril diversion,
Es objeto de gran precio
Porque busca en ella el necio
No descanso, ocupacion.
Mira el uno con desden
Las victorias de tablero,
Piensa el otro majadero
Que mucho lustre le den.
Mal sienta la gravedad
En negocio que no es grave,
A majaderia sabe
Y trasciende á vanidad.
Al notar esta señal
Quédo para mi dudando,
Si quien es formal jugando
Jugará en cosa formal.



FABULA XVI.

LOS CUMPLIMIENTOS.



Un mozalvete espigado
De los que ha tiempo gallean,
Pero tan corto de genio
Como era largo de piernas,
Su invencible encogimiento
Sentia sobremanera.
No es que era lerdo el rapaz,
Distinguíase en las letras,
Pero en tertulia y visita,
Le aventajaba cualquiera,
Y nunca logró aprender
Eso que buenas maneras
Llaman unos, y buen tono,
Otros de educacion prueba,
Otros elegancia, mundo,
Y algunos pocos simpleza.

Reducido en la sustancia
(Caso que sustancia tenga)
A una fraseológia vana
Tan inútil como hueca,
En que se miente cariño,
En que amistad se remeda,
En que se ahorra talento,
Y en que se gasta paciencia.
Veíalo nuestro mozo
De muy distinta manera
Y escarnecido y burlado
Por galanes y bellezas,
El mísero se juzgaba
Si no aprendia tal jerga,
Y este dolor, para él grande,
Contóle un dia á su abuela.
Era una cabal señora
Machucha, cristiana, vieja,
Un poquito socarrona,
Y un mucho sesuda y cuerda.
La cual oyendo el apuro
En que su nieto se encuentra,
Dejando á un lado las gafas
Y con las gafas la media,
Dijo: poco fundamento
Ni razon tienen tus quejas.

Eres robusto, capaz
De buen natural y prendas,
Para las artes no manco,
Ni zurdo para las ciencias,
Esto es lo que sobra, ó basta
Para estar en donde quiera
Sin temor de escitar risa,
Sin empacho ni vergüenza,
Tus afectos y razones
Espresando á tu manera.
¿Qué te importa si no sabes
Con vanas palabras huecas
Mentir como mienten todos
Para que nadie te crea?
¿Ni el juicio, que de tí formen
Por trasgresor de la regla,
Cuatro mozos casqui-vanos
Y cuatro vanas coquetas?
¿Por qué sientes ignorar
Eso qne sabe cualquiera?
No tengas lo que te digo
Por el voto de una vieja.
Yo conocí á un religioso (1)
Pájaro á fé muy de cuenta,

(1) Freyjoo. Feijóo

Y oíle mas de una vez
Que todas esas lindezas
Que cumplimientos se llaman,
Son para la gente necia,
Y que el genio y el talento
Pueden dispensarse de ellas.

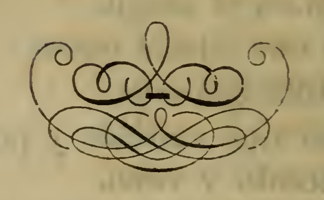


FABULA XVII.

QUIEN A QUIEN.

Un hombre muy chiquitin,
La historia su nombre calla,
Medir á otro de gran talla
Se le puso en el magin.
Encontró una silla á mano,
Mas apartóla con ceño,
Que al par que endeble y pequeño,
Era mentecato y vano.
Por mas que hácia la cabeza
Del otro, su brazo estira,
Mide, rectifica, mira,
Y otra y otra vez empieza.
Y por mas solicitud
Que en la operacion emplea,
Medida no halla que sea
De tal cual exactitud.

Uno que allí estaba viendo
De este necio la ocurrencia,
Perdiendo ya la paciencia,
Interrumpióle diciendo:
Si no es necedad es locura
Que física ó moralmente
Medir el pequeño intente
Al de mayor estatura.



FABULA XVIII.

LAS DOS PERRAS.

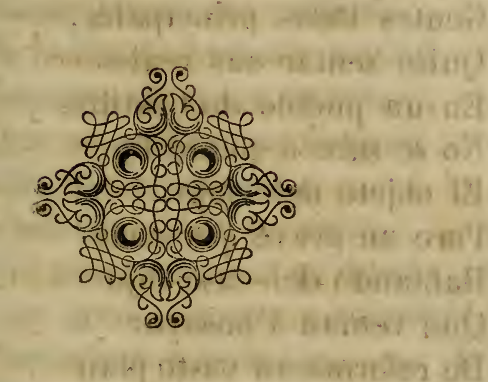
Cierto dia de verano
Y en la falda de unas sierras,
En conversacion dos perras
Estábanse mano á mano.
Mastina, jóven, valiente
Con los lobos cual ninguna,
Era resuelta la una
A la par que inteligente.
Largo hocico y mala traza
Tenia su compañera,
Mestiza, y que no dijera
El mismo Buffon su raza.
Con los perros acontece
Cual con hombre ó con mujer,
No siempre es fácil saber
A qué casta pertenece.

Digo que en conversacion
Estaban los animales,
Y entre otras cosas formales,
Trataron de educacion.
—Barato, paciente y diestro,
Para que enseñe á mi hijo,
Busco, la mastina dijo,
Hace dias un maestro.
—¡Un maestro! tu estas loca,
Le replicó la mestiza,
Mira á ver si descuartiza
Un cabrito con la boca.
Si con un lobo la lucha
Puede fuerte sostener
Y las vacas defender,
Lo demas es paparrucha.
Yo nada enseño á los mios
Y ellos saben muy bastante:
Es idea estravagante
Dar en tales desvaríos.
Y es locura ese tu celo
Escesivo, aun para madre,
Como ha vivido su padre
Vivan, y como su abuelo.
Mas cuerda te creí; Bah!
Deja tamaña quimera

Que si ello hacerse pudiera,
Otro lo hubiera hecho ya.
Lo que nadie osó intentar
¿Quién intentar imagina?
—Ello, dijo la mastina,
Por alguno ha de empezar.
Y cierto vale la pena
De buscar cosa mejor
Que la vida de un pastor,
No es á la verdad muy buena.
Siempre por breñas y cerros,
Mucho lobo y poco pan,
No dice mal el refran
Que dice: « vida de perros. »
Cuán distinta la existencia
Fuera de un perro instruido!
Carne, pescado, embutido,
Leche y queso con frecuencia,
Y grandes comodidades
De cama y habitacion,
Con la sola obligacion
De hacer sus habilidades.
—Cómo deliras!—¿Por qué?
—Eso que diciendo estás
Cierto no será jamás.
—La razon?—Que nunca fué.

—Y si fuese?—Bah! patrañas,
Digo que es linda ocurrencia.—
—Pues con toda tu prudencia,
Amiga mia, te engañas.
Sé de un perro que trabaja
De su amo en la compañia,
Y juega á la loteria
Y tambien á la baraja.
Entre mas de cuatrocientas
Personas, mira uno el amo,
Y él corre y le lleva un ramo,
Y adivina y hecha cuentas.
El hambre le es conocida
Solo por los demas canes;
Para otros llena de afanes,
Es dulce para él la vida.
Con esto su merced vea
Como el juicio no he perdido,
Y como *el que no haya sido*
No es razon *de que no sea.*
Como esta perra mestiza,
Quién no ha visto algun varon
Con su inflexible razon,
Y con su ciencia postiza!
Si mediano ó medianía
Tuviera que definir,

Como tengo de morir
A si lo definiria
Mediano cierto animal
Que se dice pensador,
Para quien innovador
Y loco ó necio es igual.



FABULA XIX.

LOS MONOS ARQUITECTOS.

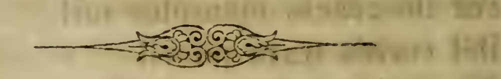
De monos una cuadrilla
Gentes todas principales,
Quiso sentar sus reales
En un pueblo de Castilla.
No se sabe á punto fijo
El objeto del viaje,
Pero un grave personaje
Hablando del caso dijo:
Que venian á ensayar
De reforma un vasto plan
Que el gobierno de Tetuan
No quiso allí tolerar.
Segun otro una cucaña
Buscaban los muy pillastres,
Y por no sufrir desastres
Dieron la vela hácia España.

Con refinada maldad
O con noble intento y puro,
Ellos á puerto seguro
Llegaron sin novedad.
Y en Castilla, como he dicho,
A muy poco de llegar
Quisiéronse avecindar
Por razon ó por capricho.
Pensaron y á fé con juicio,
Que á la sociedad naciente
Sería muy conveniente
Tener propio un edificio.
Si habla la historia verdad
Supusieron, ¡Cosa estraña!
Que no se tiene en España
Idea de propiedad.
Pues llegados á un solar,
Sin preguntar por su dueño,
Con gran esfuerzo y empeño
Pusiéronse á trabajar.
Y fue grande su alborozo,
Y fué mucho su contento
Al hallar hecho el cimiento
Y aun de pared un buen trozo.
Cada cual ufano empieza,
Ponen manos á la obra,

Y en actividad les sobra
Lo que les falta en cabeza.
Entre todos se concierta
Como cosa muy urgente
De necesidad patente
Poner dintel á la puerta.
Mas halla la ejecucion
Un grave tropiezo, y era
No hallar piedra ni madera
De oportuna dimension;
Párase entonces la gente
Con desaliento profundo,
Mas cierto ingenio fecundo
Les propone un espediente.
Unase cada fragmento
Con diligencia oportuna,
Y de muchas piezas, una
Hágase, propia al intento,
Y si cada cual se esfuerza
Este consejo á seguir,
Habremos de conseguir
Nuestro objeto, union es fuerza.
Esto ha dicho no se quien,
Y tan sublime verdad
Si es cierta en la humanidad.
Aqui lo será tambien.

Todos claman; ¡Gran idea!
Y secundando el intento,
Cada cual en un momento
Piedra abundante acarrea.
El inventor muy paciente
Y diestro las va casando,
—Ya está, dice al fin juzgando
Que el tamaño es suficiente.
—¡Alzad! La suerte corona
Nuestra constancia y ardor!—
Levantan, pero oh dolor!
La piedra se desmorona.
Hay quien juzga casual
La consecuencia precisa,
Y hacen otro ensayo á prisa
Y otro, con éxito igual.
Y sacan en conclusion
Con lógico rigorismo,
Que una piedra no es lo mismo
Que de piedras un monton.
Quién no vé en la sociedad
Por desgracia ejemplos mil,
Del cortés trato pueril
Sin cariño y sin verdad!
¿Hay para esperar razon,
Que ese remedo impostor

En los dias de dolor
Consolará el corazon?
Y por ventura ¿ese impío
Mentir, afecto sublime
De una alma que triste gime
Podrá llenar el vacío?
Ni aun el corazon vulgar
Que esta farsa no importuna,
Si le deja la fortuna
Puede consuelos hallar.
Y esa dicha de retazos
Que algunos tienen por buena.
Cuando la desgracia truena
Cae deshecha en pedazos.
¿Si la esperiencia cruel
Tiene esta regla en su abono,
Por qué imitamos al mono
Con la piedra del dintel?



FABULA XX.

EL GORRION Y LA HORMIGA.

Iba un dia cierta hormiga
Del verano en lo mas recio,
Sudando á mas y mejor
Camino de su granero.
Salió al paso y la detuvo
Un gorrion muy atento,
Haciendo una cortesia
Cual pudiera un palaciego.
Ella fria contestóle
Fundada á lo que yo creo,
De previsora en la fama
Que goza en el mundo entero.
Se acercó el pájaro mas
Y dijo en sumiso acento,
—Yo voy, señora, á pediros
Un favor de mucho precio,

Y á su valor será igual
Mi gratitud y respeto.
Unico, hermoso, querido,
Muy jóven un hijo tengo
Y quisiera educacion
Darle mejor que me dieron.
Se que debiera enseñarle
Yo mismo con el ejemplo,
Mas criéme en el desórden
Y reformarme no puedo.
Para corregir sus vicios
Halla poca fuerza un viejo,
Pero el rapaz no los tiene
Ni inveterados defectos,
Y al ver vuestra economía,
Vuestra exactitud y arreglo,
Y que de prevision tanta
Por fruto debido y cierto
Teneis la misma abundancia
En Agosto que en Enero,
Mientras el hambre devora
A todos sus compañeros
Que á centenares perecen
Si es riguroso el invierno,
Comprenderá cuanto importa
Ser parco en el alimento.

Si quisierais enseñarle
Su apetito conteniendo,
Con un año de lecciones
Y acaso, acaso con menos,
Llegára tal vez á ser
Un gorrion de provecho.
En cuanto á los honorarios
No dudeis que será el premio
Proporcionado al servicio
Que yo mas que nadie precio.
Quiso escusarse la hormiga
Con mil frívolos pretestos
Que el pájaro con razones
Echaba por tierra luego,
Hasta qué al fin acosada
Díjole claro, *no quiero.*
Impelido el gorrion
Por el cariño paterno,
Escuchando la repulsa
Irritóse hasta el estremo
De amenazar con la muerte
Al desventurado insecto.
Ella al verle tan furioso,
Toda temblando de miedo,
Con tono humilde y contrito
Echóse á sus pies diciendo:

—Piedad, señor! Yo disfruto
La fama que no merezco,
Yo no guardo en el verano
Víveres para el invierno,
Que paso como dormida
En profundísimo sueño,
Y he aquí porque los rigores
Nunca del hambre padezco.
Admiróse el gorrion
Del revelado secreto,
Y aunque le pareció ver
En su energia y acento
El aire de la verdad,
Quedóse un tanto perplejo:
Lo cual notado que fué
Por el afligido insecto
Dijo:—Si por el temor
Habeis creido que miento,
Un sabio naturalista
Que vive de aqui no lejos,
Decir puede sobre el caso,
Lo que haya de falso ó cierto.
Parecióle al gorrion
Muy razonable aquel medio,
Y buscó al naturalista
Y hallóle por dicha luego.

Díjole en cuatro palabras
De educacion su proyecto,
Las escusas de la hormiga,
Sus dudas y sus deseos.
El sabio le respondió:
—Dice verdad el insecto—
—Pero señor, todo el mundo
Piensa al revés.—Ya lo creo
Un hombre con ojos sanos
Vé mas que un millon de ciegos.
Como juzgar quieren todos,
Y el observar es molesto,
A salga lo que saliere
Hora á diestro, hora á siniestro,
Al prógimo le atribuyen
Cualidades ó defectos,
Deprimiendo la virtud
O quemando al vicio incienso.
Y este mal, que ya es antiguo,
Tiene difícil remedio
Si no adquieren propia voz
Los hombres que ahora son ecos.—
Despidióse el gorrion
Cabizbajo al oir esto,
Y cuando estuvo á sus solas
Dijo para su coleto:

—Asi de prudente y grave
Fama se adquiere y provecho.
¡Asi se juzgan las cosas!
¡Pues señor, estamos frescos!
Segun me ha dicho este hombre
Que parece hombre de seso,
En el mundo se equivoca
Lo blanco con lo que es negro,
Y si persisto en buscar
Mentor á mi rapazuelo
He de hallar muchas virtudes
Como esta del hormiguero.



FABULA XXI.

EL DAGUEROTIPO Y LA PINTURA.

Orgullosa la pintura
Al daguerotipo dijo:
Por mas que te empeñes, hijo,
No llegarás á mi altura.
Al vulgo retratarás,
Que al vulgo desdeño yo,
Pero á la gente de pró
A los príncipes, jamás.
Tu tamaño reducido.....
Luego, el no poder mirarte
Como á mi de cualquier parte.....
La falta de colorido.....
Trabajas con equidad,
Por eso has hecho fortuna,
Mas no tiene duda alguna
Que sin color no hay verdad.

Y aunque á veces á tu ruego
Ilumino tus monotes,
¿Quien no vé que son pegotes,
Si idiota no és ó está ciego?
—Bien, dijo el daguerotipo,
Aun cierto el hecho en cuestion
Amiga, de tu opinion,
Dispensa, no participo.
Juzgas que celebridad
Entre los grandes no adquiero,
Porque no soy verdadero,
Y és porque digo verdad.
Es porque á mentir no acierto,
Y al contemplar su retrato
Se encuentra chato el que es chato,
Y sale tuerto el que es tuerto.
Por una inflexible ley
Sin consultar su nobleza,
Trato con igual llaneza
Al pordiosero y al rey.
Y no cual tu en mentir diestro,
¡Cuántas veces he copiado
El semblante del malvado
Como era, vil y siniestro!
Nada hay en ello que asombre
Obedeciendo los dos,

Yo á la voluntad de Dios,
Tu á la voluntad del hombre.
Quien tesoros acumule,
En el lienzo ó el papel,
Con la pluma ó el pincel,
Puede pagar quien le adule.
Y en este mundo embustero
Segura cosa es tambien,
Que nunca ha de faltar quien
Mentiras dé por dinero.
Si tu conservas la palma,
Es que el hombre en su abyeccion
No quiere mostrar cual son
Ni su cuerpo ni su alma.



FABULA XXII.

EL TEMPLE.



—¿Decidme, por qué razon
Uno al hierro, otro al acero
Comparaba D. Antero
A Nemesio y á Leon?—
—Porque con los dos metales
Gran semejanza se advierte,
Uno débil, otro fuerte,
Vinieron al mundo iguales.
Fiero, de altivo mirar,
De indomable corazon,
Lima parece Leon
Que no se deja rayar.
Mas patente ser no puede
En los dos la diferencia,
Nemesio sin resistencia
Dóblase al instante y cede.

—¿Por qué tan débil será
Y el otro tan esforzado?—
—Muy sencillo, está templado
Uno, el otro no lo está.
—¿Mas cuál fuerza esa eficacia
Tiene? decidme su nombre,
¿Quién ese temple dá á el hombre?
—Hijo mio, la desgracia



FABULA XXIII.

EL MURCIELAGO Y EL RUISEÑOR.

—Oh! Maldita luz del dia!
Del Sol horrible presencia!
¡Y cuán dulce la existencia
Sin vosotros gozaría!
Entonces con libertad
Saliera yo á cualquier hora,
Sin huir, como hago ahora
La enemiga claridad!
La Providencia está ciega,
Si la Providencia existe,
¿Cómo en mi querella triste
Siempre justicia me niega?—
Esto un murciélago dijo
Poco antes de amanecer,
Al tiempo de irse á meter
Cual solia, en su escondrijo.
Escuchóle un ruiseñor
Causándole indignacion

Ver con qué poca razon
Blasfema del Criador.
Y díjole.—Miserable!
Cómo has osado juzgar
Lo que no puede alcanzar
Tu pequeñez despreciable?
¿Ni tu estólida osadía
Cómo conseguir pretende
Porque tus ojos ofende,
Que en noche se torne el dia?
¿Sabes que si complacèrte
Quisiera Dios por capricho,
Nécio y repugnante vicho,
Halláras luego la muerte?
A tí insolente hablador
Fuérate el cambio fatal,
Que si la luz te hace mal
Has menester el calor.
¿Quién en mas de una ocasion
No ha visto la copia fiel
Del murciélago en aquel
Que maldice la razon?
Qué hicieras sin ella, dí
Maldiciente, á quién deslumbra?
Ella á unos pocos alumbra,
Y estos te guian á tí.

FABULA XXIV.

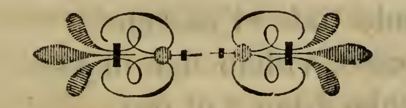
EL MONO ARTISTA.

Recorria la Europa cierto mono
Para estudiar los usos y las leyes,
Mandado espresamente por sus reyes,
Persona distinguida y de buen tono.
Ansioso de llenar debidamente
La regia comision á él confiada,
Desde el alba á la noche muy entrada
Corria á verlo todo diligente.
Bibliotecas, escuelas, parlamentos,
Fábricas y talleres y hospitales,
Colecciones de plantas y animales,
Teatros, arsenales, monumentos.
En fin, cuanto notable hay y curioso
Para el hombre de ciencia ó el artista,
Filólogo, mecánico ó humanista,
Lo veia ó miraba cuidadoso.

Llegó un dia, si acaso no se engaña
La relacion que sus viajes cuenta,
De este siglo en el año de cuarenta
A casa de un pintor, aqui en España.
Presentóle cual grave personaje,
Otro mono de entrambos conocido,
Acogióle el artista muy cumplido
Juzgando solamente por el traje.
Sus pinturas solícito le muestra
De mérito y tamaño diferente,
Y una entre las mejores escelente,
De Murillo inmortal obra maestra.
No se por qué razon ó que capricho
Cubierto con un lienzo barnizado,
En lugar preferente y elevado
Habia puesto el cuadro susodicho.
Y en la cubierta misma un agujero
Que una parte tan solo ver dejaba,
Mas que el mérito grande revelaba
Que podia tener el cuadro entero.
Sin echarlo de ver pasó adelante
El viajero ilustre y no ilustrado,
Que habia grandemente exajerado
El mérito de todo lo restante.
Véle pasar, y admírase el artista
Que tal desvio á comprender no acierta.

—La parte de ese cuadro descubierta
No hará, señor, que en él fijeis la vista?
¡Oh! reparadle bien.—No me parece,
Dijo con el desden de la ignorancia,
Que desatino tal ó estravagancia
Ni profunda atencion, ni honor merece.
Un pié, y unas narices, y una mano
Al parecer de hombre, y el hocico
De un perro con la pata de un borrico
Revuelto, es un potaje soberano.
Pues si esto es en el plan, las proporciones
Corresponden al plan perfectamente.
¡No ver que ese tamaño no consiente
Pintar las naturales dimensiones!
Y habiendo interpretado asi del arte
Las reglas en discursos indigestos,
Hizo una cortesia, cuatro gestos,
Y se fué con la música á otra parte.
Sin duda es bien ridículo este mono;
¿Pero es mas razonable la arrogancia
Con que la filosófica ignorancia
Habla del Criador en grave tono?
«¿Y por qué há de haber mal gritan en necio?
»¿Y por qué su existencia Dios consiente?
»¿El gran Ser bueno, sábio, omnipotente
»Verá nuestros dolores con desprecio?

»Ó no puede, ó no quiere: lo primero,
»Contra su omnipotencia nos arguye;
»La bondad lo segundo en él escluye.»
Esto dicen los sábios de agujero.
¡La creacion! El gran cuadro cubierto
Cuya mínima parte ver es dado
¿Qué medio el hombre ciego, limitado,
Tiene para juzgarle con acierto?
Saber que hay mas allá. ¡Cuán vano empeño!
El buen sentido y la razon advierte
Que en tal empresa es débil el mas fuerte,
Y mas grande quien siente que és pequeño.
Por eso fuera bien bajar el tono,
No ridículo ser ó pernicioso,
No echarla en cosas graves de gracioso,
Ni sacar consecuencias á lo mono.



FABULA XXV.

EL ANTEOJO.

Juan y Pedro, una disputa
Trabaron estrepitosa,
Sobre si grande una cosa
Era, ó si era diminuta.
La mano en el corazon
Juraban decir verdad
Ambos con sinceridad,
Y uno solo con razon.
Miraban con anteojo
Estando todo el secreto,
En que el vidrio del objeto
Aplicaba Juan á el ojo.
—¡Que es muy grande, voto á Cristo!
Esclamaba, miente el culto.
No es error, es un insulto
Negarme lo que yo he visto.—

Y no le hicieran creer
Aun rompiéndole la crisma,
Que no es una cosa misma
El tener ojos y el ver.
Necio que las cosas ves
Del sabio en contradiccion,
¿Habrá en tu organizacion
Un anteojo al reves?



FABULA XXVI.

LOS SENTIDOS.

Trabajé ayer con ahinco
Los sentidos por contar,
Oir, oler y gustar,
Tocar y ver son los cinco.
Mi maestro D. Fortun,
Asegura que no hay mas;
Papá ¿decirme querrás
Dónde colóco el comun?
—D. Fortun habló en razon,
Dió la regla general,
Ese sentido ideal
Se tiene por escepcion.
—De hablar son estraños modos.—
¿Por qué comun le dijeran?
—*Porque tenerle debieran,*
No porque le tengan todos.—

FABULA XXVII.

EL CHAPARRON DE LAS TRUCHAS.

Habia en una ocasion
En casa de cierto conde,
Que vive yo no sé donde,
Numerosa reunion.
Por costumbre que á ley pasa,
Y en verdad muy racional,
A las once, cada cual
Retirábase á su casa.
Pues bien: las once sonaron,
Para otra noche aplazada
Dejaron una charada,
Y todos se levantaron.
Uno de los concurrentes
Oyó un estraño ruido,
Aplicó atento el oido,
Y esclamó ¡llueve á torrentes!

Fué general la sorpresa
Habiendo todos dejado
El cielo muy despejado;
Y dijo asi la condesa.
—Mientras aclara la noche,
Tomad, señores, asiento
Porque no tengo (y lo siento)
Para conduciros coche.
Si sigue la tempestad,
Preparando están la cena,
Aunque no será tan buena
Como lo és mi voluntad.—
A este agasajo sincero
El valor dan que se debe,
Mas juzgan pasará en breve
Por ser fuerte el aguacero.
Y siéntanse muy serenos
A esperar cerca del fuego,
Que deje de llover luego,
O que llueva un poco menos.
Uno que á cansarse empieza
—Quiero ver el chaparron
Dijo: y abriendo el balcon
Sacó fuera la cabeza.
Pues señor, ó no sé jota,
O no hay nubes en el cielo

Y sequísimo está el suelo
Y de agua no cae gota.—
Dice: y vánse de contado
Todos al propio balcon,
Y con grande admiracion,
Ven que está el cielo estrellado.
Cáusales no poca risa
El quid pro quó singular,
Y tratan de averiguar
La causa, aunque esten de prisa.
Pero esta causa ¿cuál era?
Sencilla como otras muchas,
Que estaba friendo truchas
Marica la cocinera.
Y el tal pescado al caer
En el aceite que hervia,
Un ruido producia
Semejante al de llover.
Y era tal la semejanza
Al través de las paredes,
Que (no lo tomen ustedes
A ponderacion ó chanza)
El mas perspicaz oido
Puesto en igual condicion,
La mismísima ilusion
Por verdad hubiéra tenido.

Imagine cada cual,
Si en la cosa mas sencilla
(Testigo esta fabulilla)
Hay riesgo de juzgar mal.
Si en el ejemplo en cuestion
Uno de esperar cansado,
A él no se hubiera asomado,
O si no hubiera balcon,
Cenáran de buena gana,
Marcháranse á recoger.
Y aquel soñado llover,
Juráran por la mañana.
Esto recuerda el calor
Con que gritan satisfechos
Ciertos prógimos: *los hechos*,
Pero los hechos, señor!
Si yo solo de *hechos* trato
Y confirman mi opinion.
¿Dónde está la observacion
De esos *hechos*, mentecato?
Tienes tu seguridad
Que un hombre sea el que fuere,
Cuando un *hecho* te refiere,
No ha faltado á la verdad?
¿Y si verídico fué
Afirmarás por ventura,

Que un error no te asegura,
Iluso de buena fé?
¿Ignora tu insuficiencia
Los hechos al invocar,
Que la ciencia de observar
Es de muy pocos la ciencia?
Dificil la *observacion*,
Escasa la *voluntad*,
Grande la *comodidad*
De tener fija opinion.
Por eso cunde el error
Llegando á nuestros oidos
Estos gritos repetidos:
¡*Pero los hechos, señor*!
A ellos debe responder
El hombre cuerdo y machucho:
—*Los hechos enseñan mucho*,
Pero es á quien sabe ver.—



FABULA XXVIII.

EL HIERRO Y EL TOPACIO.

Por qué tan preciso al mundo
Dijo el hierro amostazado,
Soy menos que tu pagado
Y escito desden profundo?
Ni cabaña, ni palacio,
Existir puede sin mi,
¿Tu para que sirves, dí?
Y le respondió el topacio:
Una sencilla verdad
Te dará la esplicacion:
Tu sirves á la razon,
Yo sirvo á la vanidad.
Fijos dos hechos verás
Aunque de justicia agenos,
Que la razon paga menos,
La vanidad paga mas.

FABULA XXIX.

EL CORDERO CON GARRAS DE LEON.

Sintiéndose enferma, vieja,
Y viendo cerca la muerte,
Con harto pesar advierte
Su fin próximo una oveja.
Y si el momento postrero
Mira con dolor profundo,
Mas que por dejar el mundo
Es por su tierno cordero.
De los peligros el nombre
Dice, ignoras, pobre bobo,
Lo que es el hambre en el lobo
Y lo que es gula en el hombre.
Mas yo sé donde te dejo
Y poco en la suerte espero,
Pues como el rey, el carnero
Rara vez muere de viejo.

Afligida y pesarosa
Inclina la triste frente,
Mas le ocurre de repente
Una idea luminosa.
¡Idea de salvacion!
¡Consuelo á mal tan acerbo!
Esclama, sí, yo conservo
Las garras de un gran leon.
¡Ah! Mi corazon predijo
Cuando las oculté un dia
Que con ellas dar podria
Defensa á mi pobre hijo!
Hace un esfuerzo postrero,
Las busca en pocos instantes,
Y á la manera de guantes
Se las coloca al cordero.
Sale el pobrete á campaña
Y aunque tarde, ecba de ver
Que en quererle defender
Así, su madre se engaña.
Vése tan embarazado
Con las garras para andar,
Que aun queriéndolo evitar
Quédase atras rezagado.
Y cuando su madre llena
De dulce consuelo espira

Porque seguro le mira,
Sirve á los lobos de cena.
Que si el maternal amor
Por disculpable quimera
Le dió las garras de fiera
No la fuerza ni el valor:
Siempre un éxito fatal
Guarda la naturaleza
Al que incurre en la torpeza
De olvidar su natural.
En llegando la ocasion,
El mas vano y altanero
Hará lo que hizo el cordero
Con las garras del leon.



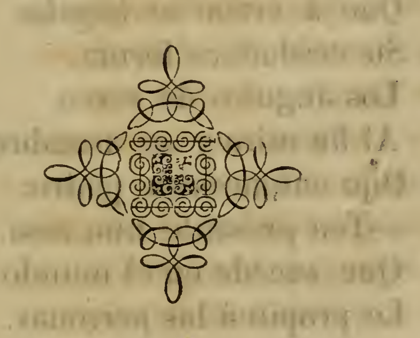
FABULA XXX.

LA ENVIDIA Y LA VANIDAD.



Diz que un dia en el Olimpo
Armóse gran tremolina
Entre dióses, semi-dioses,
Héroes y demas familia,
Y era la causa del mal,
Segun una historia afirma
Las disputas y los cuentos,
Los chismes y las rencillas,
Que perversas atizaban
La Vanidad y la Envidia.
No era la primera vez
Que el cotarro revolvian,
Y Júpiter aburrido,
Por quitárselas de encima
A la tierra las mandó.
¡Lindo regalo á fé mía!

Fueron perversas abajo
Las que eran malas arriba,
Y cada una por su lado
Tales estragos hacian
Que fué preciso remedio
Arbitrar, y á toda prisa.
Júpiter manda al Desprecio
Que las custodie y las siga,
Y porque sea mas fácil
Guardar á las susodichas,
Que atadas una con otra
Siempre caminen unidas,
Con lo cual, ya que no todo
Gran parte del mal se evita
Y asi, desde aquella fecha,
Si no por afecto amigas,
Son por fuerza compañeras
La VANIDAD *y la* ENVIDIA.



FABULA XXXI.

LA TORRE CUADRADA.

Habrás lector oido,
Sino, lo oyes ahora,
Que una torre cuadrada
Por ilusion de óptica
Al que la vé de lejos
Parécele redonda.
Lo propio sucedióle
A Juanito Carmona,
Que á creer se negaba
Su verdadera forma.
Los ángulos de cerca
Al fin mira y se asombra,
Dijo entonces su padre:
—Ten presente una cosa,
Que sucede en el mundo
Lo propio á las personas.

Las esquinas de lejos
Parécente redondas,
Te acercas y tropiezas,
Te lastimas y lloras.
Juzga siempre de cerca,
A distancia muy corta,
Mira, y *á mirar vuelve,*
Que aun asi nada sobra.

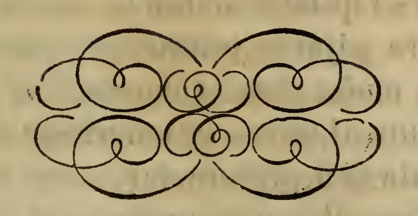


FABULA XXXII.

EL LOBO MURMURADOR.

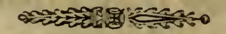
Entre las breñas de un cerro,
Un dia de gran nevada,
Un lobo á su camarada
Hablábale asi de un perro:
—Es un maldito vecino,
Tan camorrista y cruel,
Que para estar libre de él,
Ya se necesita tino.
Ladrador para la gente,
Entrometido, goloso,
Suspicaz y cauteloso,
En fin, un perro indecente.
Pasaba en esta ocasion
Cerca de allí una raposa,
Paróse un tanto curiosa,
Y al oir la acusacion

Dijo para su coleto:
—Anda que te crea un bobo,
Perro á quien acusa un lobo
Debe ser perro completo.
En caso próspero ó adverso
No echarás nunca en olvido,
Que es elogio el mas cumplido
La censura del perverso.



FABULA XXXIII.

EL PAJARERO.



En cierto lugar habia
Un ricacho solteron,
Con la mas rara aficion,
O si se quiere mania.
Y era pájaros juntar,
Con maña domesticarlos,
Y aun algunos enseñarlos
Palabras á pronunciar.
Paróse allí un viagero
Sabio, modesto é ignorado,
Habláronle de contado
Del famoso pajarero.
Ansioso de conocer
Cuanto halláre útil ó estraño,
Y por no sufrir engaño,
Fuélo por sí mismo á ver.

Pájaros halla en la era,
Pájaros do quier que pasa,
Estando toda la casa
Convertida en pajarera.
Mas cuando crece su pasmo,
Es al escuchar al dueño
Que le habla con grande empeño,
Con increible entusiasmo.
—Oh! le dice: es compasion,
Porque tu, señor, no sabes
Lo que ser pueden las aves
Dándoles educacion.
Mil especies que hoy se crian,
Y viven abandonadas,
Si estuvieran educadas,
No lo dudes, hablarian.
¿En la rama de abedul
Ves esa ave no pequeña,
Que batiéndolas enseña,
Sus alas de hermoso azul?
Un año hará para mayo
Que la enseño cual se debe,
Y espero que hablará en breve
Tan bien como un papagayo.
—Escucha', santo varon,
Respondióle el viagero,

Que tu paciencia y dinero
Gastas con tal profusion.
De quien la dicha se labra
Con que asi estiendas profuso,
No ya de razon el uso
Mas solo el de la palabra?
En vez de enseñar á hablar,
Fueras á la humanidad
Muy mas útil en verdad
Si enseñáras á callar.



FABULA XXXIV.

EL VIDRIO Y EL BRILLANTE.

En el punto culminante
De una corona imperial;
Un pedazo de cristal
Tenido fué por brillante.
Y de precio muy subido
Estaba en un muladar
Un brillante, que apreciar
Ninguno habia sabido.
Este cambio estrafalario
Años y siglos duráro,
Si al muladar no llegára
Cierto dia un lapidario,
Que observando por acaso
El vidrio dé la corona,
Por todas partes pregona
Ser puro fondo de vaso.

Desmintiéronle; ¿en lugar
Tan alto, tan baja cosa,
Y otra tan rara y preciosa
En un sitio inmundo estar?
¡Absurdo! Barbaridad!
Y aunque era el hombre marrajo,
Costóle mucho trabajo
Probar que hablaba verdad.
Y es que los hijos de Adan
No aprecian como és razon,
Las cosas en lo que son
Sino el lugar donde están.



FABULA XXXV.

EL JUGADOR AFORTUNADO.

Con indecible alegría
Tuvo un jóven la noticia
De que la suerte propicia
Le premió en la lotería.
Toma en duros un millon,
Lleva á su padre el dinero,—
Que en tono grave y severo
Dále esta santa lección.
—Dime ¿palabra formal
No me has dado de enmendarte
Y al juego la menor parte
No esponer de tu caudal?
—Tengo á mas favor derecho,
Yo jugué sin duda alguna,
Pero gané.—Y la fortuna
Acaso varía el hecho?

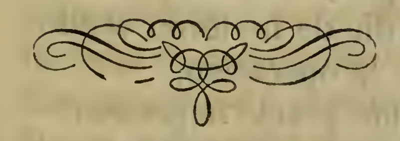
Una accion mala no es tal
Del éxito coronada?
Tu falta fué calculada
Y el acierto casual.
Como este justificados
Hállanse pocos varones,
Que juzguen por las acciones
Y no por los resultados.
Si quieres ser justo advierte
Que en el caos mas profundo,
Confundida está en el mundo
La prudencia con la suerte.



FABULA XXXVI.

LOS HIJOS DE LUCIA.

Preguntábanle á Lucía,
Madre de dos rapazuelos
Iguales, eran gemelos,
Cómo ella los distinguía.
—Muy fácilmente á fé mía.
—No hallo yo tal diferencia.
—La razon en mi conciencia
Está al alcance de un niño.
Señor, en todo el cariño
Vé mas que la indiferencia.



FABULA XXXVII.

LA FUENTE.

Sostenia Don Cipriano
Que el agua de cierta fuente,
Se encontraba mas caliente
En invierno que en verano.
Quiso su interlocutor
Saber por cuál ilusion,
Apariencia de razon
Tenia tamaño error.
—Si la mano en el estío,
Gravemente respondió,
Mete V. cual meto yo,
Verá qué terrible frio.
Si un dia de invierno crudo
Repite la operacion,
De calor grata impresion
Sentirá.—De ello no dudó.

Refiriéndose á la mano,
Grande el error ser debia,
Estando en invierno fria
Y caliente en el verano.
Sabiendo vuestra prudencia,
Paréceme sorprendente,
Que atribuyais á la fuente
Y no á vos la diferencia.—
Sólido fué el argumento,
Mas aun asi no bastó,
Como dicen, no cayó
El hombre de su jumento.
Hasta que en Julio y Enero,
El termómetro aplicando,
Y al buen sentido apelando,
Salió de su error primero.
No miremos con desprecio
Aunque el caso nos asombre,
La razon de este buen hombre,
No era, ni con mucho, un necio,
Pero arraigado y profundo
Está en todos cierto vicio,
Y es al formular un juicio
Hacerse el centro del mundo.
Convertirnos en medida
Que á todos se ha de aplicar,

Y vida y razon juzgar
Por nuestra razon y vida.
Trasformar las sensaciones
Como el héroe de este cuento
En apoyo y fundamento
De estraviadas opiniones.
Pensemos que al juzgar mal
Con propio y ageno daño,
Para enmendar el engaño.
No hay termómetro moral.



FABULA XXVIII.

EL RETRATISTA.

Quiso retratarse un tuerto,
Llamó al efecto á un pintor,
Y no tuvo el buen señor,
En verdad muy buen acierto.
Retratóle de perfil
Del lado del ojo sano
Y el hombre le dijo:—Hermano
Este no es Mateo Gil.
Y es grande puerilidad,
Tuerto soy de todos modos,
¿Cuando pueden verla todos,
A qué ocultar la verdad?
Venga pues otro retrato,
Que pronto á pagarle estoy,
Mas no quiero por quien soy
Pasar por un mentecato.—

Y haciendo nuevo concierto
El pintor adocenado,
Lleva el perfil dibujado
Del lado del ojo tuerto.
Gil le dice—pues reniego
De tan singular artista;
¿Conque allí con buena vista
Aparezco, y aquí ciego?
Es una idea escelente,
Y de admirarla no acabo,
O no te doy ni un ochavo,
O me retratas de frente.
—En subterfugios sutiles
A qué andar, es escusado,
Confieso á usted mi pecado,
No sé hacer mas que perfiles.—
Lo mismo que este pintor
Hace el vulgo de los jueces,
Perjudicando unas veces,
Y otras haciendo favor.
Y es absurdo, vive Dios,
Que por torpeza ó por dolo,
Nos pinten de un lado solo
No siendo iguales los dos.



FABULA XXXIX.

EL PERRO HAMBRIENTO Y EL HARTO.

Ello no se sabe cómo
Un perro de nariz lista,
De una despensa provista
Robó de cerdo un gran lomo.
De aquellas tajadas tiernas
Llenar la tripa vacía
Pensaba, y se relamía
Huyendo rabo entre piernas.
Cuando en paraje se vió,
Seguro á su parecer,
Ansioso empezó á comer,
Y un amigo que le vió
Perro de una solterona,
Que harto por demas estaba
Dormia en cama, y pasaba
La vida mas regalona;

Viendo con qué buena gana
Cuenta iba á dar de su presa,
Dijo,—veo con sorpresa
Que no piensas en mañana.
Comes hasta reventar
Y es bien absurdo á fé mía,
Sabiendo que al otro dia
No tienes para almorzar.
Un poco de sobriedad
Cual perro avisado ten,
Mañana te sabrá bien
Encontrar la otra mitad.—
—Quien tal absurdo aconseja
Y en ese tono tan grave,
Respondió el otro, no sabe
Lo que puede el hambre añeja.
Al que desde la niñez
La tripa vacía tenga,
No hay cosa que le contenga
Si puede hartarse una vez.
Vicio se llame ó delito
Es mas fácil en verdad,
Sufrir la necesidad,
Que enfrenar el apetito.
—Fuera, dijo el regalon,
Insistir tiempo perdido;

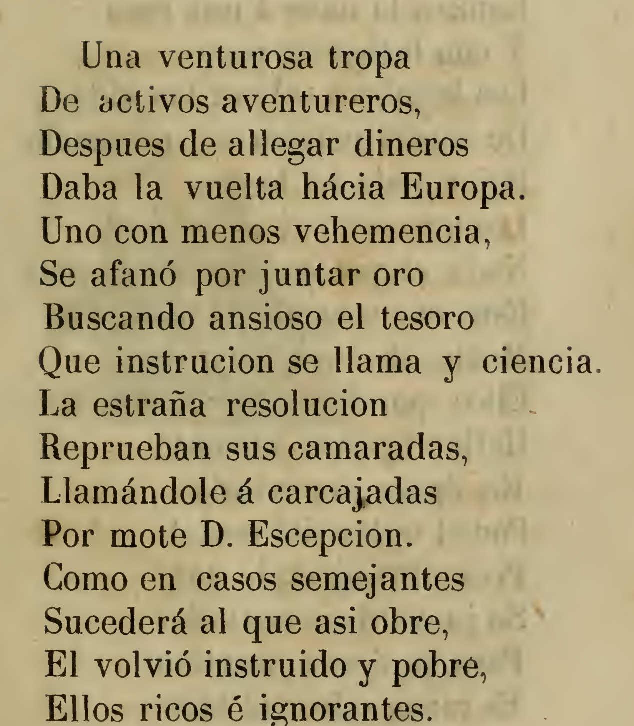
Eres perro envilecido
Digno de tu condicion.
Diciendo esto se alejó.
A poco murió su ama
Y ni regalos ni cama,
Ni aun que comer encontró.
Tras muchos dias hambriento
Logró hacer una gran presa,
Y dándose á comer priesa
Devoróla en un momento.
El otro que fué testigo
De su gran voracidad,
Díjole:—¿y la sobriedad
Que predicabas, amigo?
—Ah! replicó el consejero,
Muy nécio fuí, bien lo sé
Cuando de males hablé
Que yo no sentí primero.—
Es tan comun como injusto
De un cuitado al ver la pena,
«Su conducta no fué buena»
Esclamar con ceño adusto.
Tu que asi airado repruebas,
Que acusas con acritud,
Dime, ¿tu austera virtud
Ha sufrido muchas pruebas?

Tu que exijes heroismo,
Que juzgas con tal rigor,
Fueras acaso mejor
Viéndote en el caso mismo?
No condenes con dureza
Creyéndole pervertido,
Al mísero que ha sufrido
La desgracia y la pobreza.
Y cuando tu fallo des,
No te olvides de una cosa,
Que es la culpa muy dudosa
Y que el dolor no lo és.
Casi siempre es injusticia
La austera severidad,
Y la dulce caridad
Es casi siempre justicia.



FABULA XL.

LOS NAUFRAGOS.



Una venturosa tropa
De activos aventureros,
Despues de allegar dineros
Daba la vuelta hácia Europa.
Uno con menos vehemencia,
Se afanó por juntar oro
Buscando ansioso el tesoro
Que instrucion se llama y ciencia.
La estraña resolucion
Reprueban sus camaradas,
Llamándole á carcajadas
Por mote D. Escepcion.
Como en casos semejantes
Sucederá al que asi obre,
El volvió instruido y pobre,
Ellos ricos é ignorantes.

Dice un presencial testigo,
Que aquella hueste opulenta,
En un buque por su cuenta
Su haber embarcó consigo.
Y que á gran proximidad,
Del patrio y querido suelo,
De nubes se cubre el cielo
Y ruge la tempestad.
Las olas embravecidas
Lanzan la nave á una roca,
Y con fatiga no poca,
Los hombres salvan las vidas.
De aquel peligro en presencia
Dejan todo su tesoro,
Los que eran ricos en oro;
Nada el que era rico en ciencia.
Este encuéntrase al momento,
Medios de vivir honrosos,
Ellos por los vergonzosos
Hallan apénas sustento.
En época depravada
Por el culto del metal
Presentar ejemplo tal,
Se juzgará inocentada.
Pero en época ninguna
Es razon cifrar el bien

En lo que el menor vaiven,
Arrastra de la fortuna.
Y el que de ello esté en edad,
Formar procure en sí mismo
Un tesoro que al abismo,
No lance la tempestad.

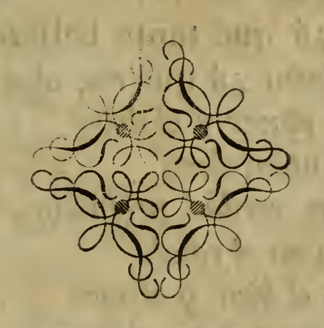


FABULA XLI.

LOS DOS PERROS.

Dos perros, uno sapiente
Y otro que nada sabia,
Estaban hablando un dia
De su vida diferente.
La mia, dijo el primero,
Está llena de delicias,
Hácenme todos caricias,
Cómo bien, y cuanto quiero.
—Pues yo, esclamaba el segundo,
Hambriento y apaleado,
Soy el mas desventurado
Perro, que existe en el mundo.
—Mi amo, el sapiente añadió,
Bien puede enseñarte á tí;
Si aprendes, como aprendí,
Estarás como estoy yo.

Trabajando con afan,
Te instruirias de contado,
Y cuando estés educado,
Vivirás como un sultan.
—Yo educarme! ¡Qué ocurrencia!
En vano, amigo, te empeñas,
Bailar..... Entender por señas....
¡Pues ya es menester paciencia!
—Entonces ¿por qué te quejas
Si por vivir en holganza
La mas risueña esperanza
Indolente y necio dejas?
Como el perro observo yo,
Que todos quieren tener
Las ventajas del saber,
Pero su trabajo no.



FABULA XLII.

LA ROSA Y LA ESPINA.

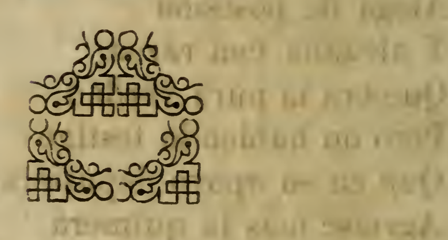
Fresca, olorosa, lozana,
De tentarle muy capaz,
Cogió una rosa un rapaz
De mayo cierta mañana.
El triste no imaginó
Que en objeto asi precioso,
Nada hubiera de dañoso,
Y una espina se clavó.
—Padre ¿á qué tanta belleza?
Si hace daño ¿á qué ese olor?
—*Hijo el placer y el dolor,*
Mezcló la naturaleza.
Misterio en verdad profundo,
Pero como en el rosal,
Mezclados el bien y el mal
Has de encontrar en el mundo.

FABULA XLIII.

LA PARCIALIDAD.

Por los relieves de un plato,
Resto de una gran merienda ,
Armaron brava contienda
Un perro chico y un gato.
El perro anterioridad
Alega de posesion
Y alegaba con razon,
Que era la pura verdad.
Pero no habiendo testigo
Que en su apoyo depusiera,
Agriase mas la quimera
Y llega un nuevo enemigo.
Este ignora la cuestion,
Causa de tanto furor,
Mas del compadre en favor
Falla sin apelacion.

El perro cuando esto oyó
Dijo:—Son dos y yo uno,
Alejarme es oportuno—
Y á fuer de prudente huyó.
Entonces el gato juez,
Muy grave punto por punto
Enteróse del asunto
¡Y era buen tiempo pardiez!
Muchas veces con pasion
Lo propio el hombre ejecuta
Atendiendo á quien disputa
Y no á quien tiene razon.



FABULA XLIV.

EL OSO ACUSADO POR EL BUEY y defendido por el lobo.

Dió en ser carnívoro un oso
Y tanto daño causó,
Que en breve se le formó
Un proceso ruidoso.
Fijó en breve el tribunal
Para ver su causa dia,
Un lobo le defendía
Y era un manso buey fiscal.
Siendo de entrambos notorio
El carácter y el instinto,
Hablar en tono distinto
Oye absorto el auditorio.
Trata el lobo de piedad,
De compasion, de ternura,
Y cuanto es sublime y pura
La dulce fraternidad.

Y como debe obtener
Clemencia su defendido;
Aunque un momento en olvido
Haya puesto su deber.
El buey habla de castigo,
De justicia y escarmiento:
Fin merecido y sangriento
Pide para su enemigo.
Al que osó de aquella suerte
Hollar la ley natural
Haciendo á su raza mal
Es poco darle la muerte.
Habia en la concurrencia
Oyendo el célebre juicio
Un cachorrillo novicio
Sin mundo y sin esperiencia.
Que á defensor y fiscal
Oyendo hablar, el muy bobo,
Creyó que era manso el lobo
Y el buey un fiero animal.
Con tus juicios mas cuidado,
Díjole su madre, ten
Que suele serlo tambien
El que defiende á un malvado.
Indicio es, y muy fatal,
Encontrar del mal escusa;

Quien al malvado no acusa
No aborrece mucho el mal.
En vez de esa compasion
Del crímen en la presencia,
El bueno por escelencia
Ira siente, indignacion.
Es del malo el egoismo
Quien le impele á ser clemente
Con el crímen, porque siente
Que se defiende á sí mismo.
Esa gran facilidad
Que absuelve el crímen ageno,
Bondad indica en el bueno,
Y en el perverso maldad.



FABULA XLV.

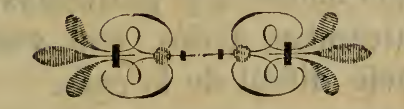
EL ARTISTA Y EL ARTESANO.

Murió, yo no sé en qué parte,
Un escultor afamado
Muy digno de ser contado
Entre los génios del arte.
Vendió al punto el heredero
Sus estátuas de mas precio,
La mas bella compró un nécio
Escultor muy chapucero.
Y sin que nada le arguya
Sobre el caso la conciencia,
Tiene la bella ocurrencia
De hacerla pasar por suya.
—Falta el ropaje y un pié,
Pues bien, lo hago en un momento
Como propia la presento
Dice, y fama ganaré.–

El robador, dicho y hecho,
(Aprisa que el tiempo apremia)
Vístela, y en la Academia
La presenta satisfecho.
Abrese la esposicion,
Pasan los indiferentes;
Mas de los inteligentes
Fija al punto la atencion.
—Que es obra dicen, se vé
De un artista de talento
Fuera en verdad un portento;
Pero ese traje... ese pié...
Y era así, que el personaje,
Destello de un genio audaz,
Raro y grotesco disfraz
Tenia en vez de ropaje.
Llegó el dia señalado,
Váse en fin el premio á dar,
Mas su fallo al pronunciar,
Duda el imparcial jurado.
—Bella estátua! obra maestra!
Dicen, no tiene rival,
Pero ese traje fatal
Grande estupidez demuestra.—
De los jueces un señor
Que sin duda nació juez

Les dijo:—Por esta vez
Llamemos aqui al autor.
Vuestra noble probidad
Trate, como á ello se inclina,
No de seguir la rutina
Sino de hallar la verdad.
Tiene por justo el motivo
La artística reunion,
Y de la estátua en cuestion
Viene el padre putatívo.
El juez que le hizo llamar,
Despues de observarle bien,
Con mal oculto desden
Empíezale á interrogar.
—De esta estátua (hablad aquí
Dé la verdad el lenguaje)
Hicisteis vos el ropaje?—
Y el hombre afirma que sí.
—Entonces andad con Dios,
El que tal obra ha esculpido
Y el autor de ese vestido
Por fuerza deben ser dos.
De artesanos en el gremio
Tal vez podreis conseguir
Dinero con que vivir,
Mas no del artísta el premio.

Hombre vano que te empleas
En pescar acá y allá
Al que viene y al que vá
Las mas notables ideas:
Mira que es tiempo perdido;
Su alcance el nécio no siente,
Y apercíbese el prudente
Que es solo tuyo el vestido.

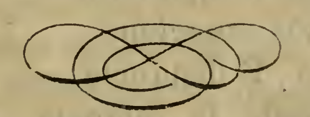


FABULA XLVI.

LAS DOS RAPOSAS.

Iban á fuer de hambrientas cavilosas
Con alguna inquietud y mas galvana,
De julio caluroso una mañana
Muy cerca de una aldea dos raposas.
Tenia la una de ellas brava traza,
Equívocas maneras y gazmoñas;
Pero entrambas á dos eran visoñas
En el arte dificil de la caza.
Llegan á una pradera que vecina
Está de cierta mísera aldehuela,
Párase la mas diestra con cautela
Atisvando muy gorda una gallina.
El pájaro doméstico hácia casa
Iba, y paróse con visible pasmo,
Admiracion profunda y entusiasmo
Al contemplar una perdiz que pasa

—Ave, le dice, que con ráudo vuelo
Atraviesas de nubes el celage,
De admiracion recibe el homenaje
Que estasiada te envía desde el suelo!...
Entonces la raposa inteligente
—Acometámos, dice, este avechucho,
—Vásenos á escapar, volará mucho.
—Apostára á que nó mi mejor diente.
—¿Sábeslo tu?—Por vida del Dios Baco!
¿Pues qué, si ella volára con destreza
Por ventura elogíara la torpeza
Con que se mueve esotro pajarraco?
Bien discurren á veces las raposas;
Sabe, si génios en buscar te afanas,
Que el hombre á quien admiran las medianas
Nunca será capaz de grandes cosas.



FABULA XLVII.

EL CALCULO.

Jacinto el estudiante,
Dispuesto, vivaracho,
Escelente muchacho,
Era un poco pedanté.
Un dia que á saltar
Con mas afan se esfuerza,
Ocúrrele la fuerza
Del salto calcular.
Somos muy majaderos,
Sin regla trabajamos,
Y asi nos fatigamos
Dijo á sus compañeros.
Formemos ecuacion:
Y fuerza, E distancia;
Todo desde la infancia
Debe hacerse en razon.
Mas los otros rapaces
Menos adelantados,

Cálculos complicados
De hacer no eran capaces.
Y prosiguen saltando
Con la mayor destreza,
Sin gastar la cabeza
Sus fuerzas calculando.
Busca papel y pluma
El mozo, y con gran flema
El propuesto problema
Dá por resuelto en suma.
—¡La ciencia cómo eleva!
Dice, ¡oh! cuánto fecunda!—
Y una zanja profunda
Saltar quiere por prueba,
Al cálculo sujeta
Su esfuerzo, pero zás,
Cae, y á poco mas
Llévasele pateta.
Dió tan fuerte porrazo
Que por muy bien librado
Se tuvo el desdichado
Con dislocarse un brazo.
En esto una leccion
Nos dá el pobre Jacinto:
Nunca lo que es de instinto
Pidas á la razon.

FABULA XLVIII.

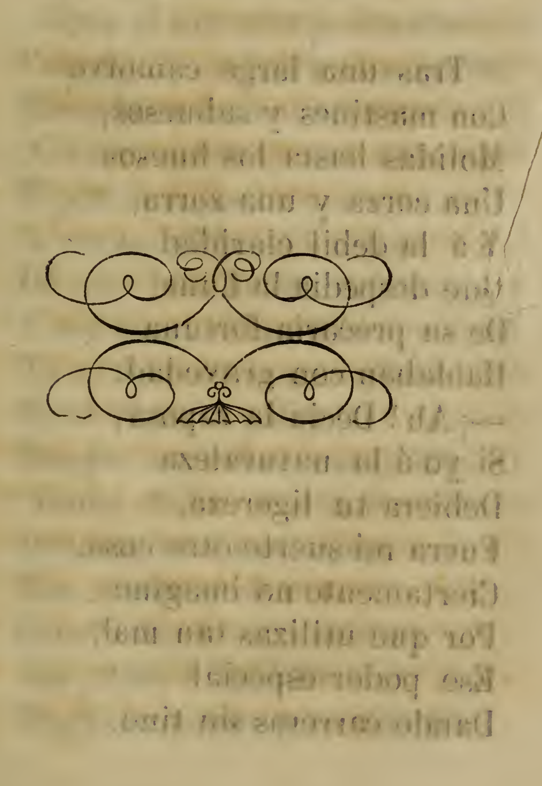
EL PARROCO Y SUS FELIGRESES.

Un pueblo, que segun dice la historia,
Se halla en el interior de Andalucía
Padeció, como de otra no hay memoria,
Una horrible sequía.
Consternada la gente
Mira el campo asolado,
Y si el agua no acude de contado
La mejor finca de aquel pingüe suelo
No dará la simiente.
Los ojos vuelven todos hácia el cielo,
Imploran con fervor y piedad mucha
Remedio breve á tan acerbos males,
Mas el cielo no escucha
Por razones que ignoran los mortales.
Viendo que inútilmente
Su piedad imploraban,

Impios los mas de ellos blasfemaban
Con boca maldiciente.
Era el cura del pueblo un virtuoso
Varon, modesto y grave,
Y oyendo aquel lenguaje escandaloso
Por mas que del deber hollen los fueros,
Dice con voz suave
A sus mal resignados feligreses,
—Una declaracion tengo que haceros.
Hoy cesan de la suerte los reveses:
A mí, aunque pecador flaco é indigno,
El piadoso cielo
De esta revelacion me creyó digno.
Su cólera justísima depone,
Y para enviar al abrasado suelo
La llúvia deseada
Que cada cual implora,
Sola una condicion sencilla impone.
«Que unánime dé el pueblo y libre voto
»Por el cual determine claramente
»De empezar á llover el dia y hora;
»Si asi no fuere, el pacto queda roto.»
Cuando esto oyó la gente
Cada cual á votar se precipita;
Uno quiere que llueva en seguidita.
Otro que el sol se vele con celaje;

Porque tiene que hacer cierto viaje,
Que le importa muy mas que la cosecha;
Votando así que el dia
Siguiente ha de llover de su regreso.
No, le grita muy poco satisfecha
Una moza, par diez, no ha de ser eso,
Precisamente estoy de romería.
Otro yerba segada
Tiene, y le haría el agua grave daño
Hasta verla encerrada;
Otro el agua no quiere en aquel año
Porque no es cosechero
Sino tratante en granos
Cuya abundancia atasca su granero.
Y otros, en fin, con mil pretestos vanos,
Por no hacer el relato mas prolijo,
Tantas dificultades opusieron
Que de acuerdo común no consiguieron
Señalar á la llúvia dia fijo;
Dios no escuchó la charla inoportuna
Y el agua les mandó por su fortuna.
Entonces el buen cura así les dijo:
«¡Oh! juicios de los hombres, juicios vanos,
»¡Oh desdichada suerte!
»Si la pusiera Dios en nuestras manos
»Fuera vida infeliz y triste muerte!

»Limitada razon y vana ciencia
»¿Porqué acusas impía
»La dulce Providencia
»Diciendo—en su lugar mejor sería?
»Sella ya el lábio inmundo,
»Que si Dios un momento
»Su direccion fiase á tu taléнto,
»Nuevo caos tornára á ser el mundo.»



FABULA XLIX.

LA CORZA Y LA RAPOSA.

Tras una larga camorra
Con mastines y sabuesos,
Molidas hasta los huesos
Una corza y una zorra,
Y á la debil claridad
Que despedia la Luna,
De su precaria fortuna
Hablaban con gravedad.
—¡Ah! Decia la raposa,
Si yo á la naturaleza
Debiera tu ligereza,
Fuera mi suerte otra cosa.
Ciertamente no imagino
Por qué utilizas tan mal,
Ese poder especial
Dando carreras sin tino.

—Sin tino! ¿Por esos cerros
Hacer puedo mas que huir
Si de cerca oigo latir
A los maldecidos perros?
Pues llevárame pateta
Si en vez de correr ligera
A pensar me entretuviera.....
—No digo que te estes quieta.
—¿Pues entonces qué dirás?
—Que si salvarte pretendes
Cuando la carrera emprendes
Mires bien á donde vas.
¡Correr, correr, mas correr,
Y por un instinto ciego,
A veces al mismo fuego
De que has huido volver.
Y sin tino ni medida
Tu mucha fuerza emplear,
Para venir á parar
Donde has sido perseguida!
¡Hacer de tu perdicion
Instrumento lastimoso
Ese medio poderoso
Que tienes de salvacion!
Asi ¡voto á Belcebú!
Murió tu padre y tu abuelo,

Y en verdad mucho recelo
Que así habrás de morir tu.
Tome para su conciencia
Esta leccion cada cual,
Que no ha de venirle mal,
Aunque presuma de ciencia.
Cualquier persona de juicio
En todo evento posible,
Porque sabe que es temible,
Está en guardia contra el vicio.
Pero aquellas de mas seso,
Las de grandes cualidades,
De sus buenas facultades
Nc temen nunca el esceso.
Resultando en conclusion,
Ser grave causa de mal,
Lo que de bien manantial,
Fuera sujeto á razon.
Juzgue á la dicha nocivo
Cualquiera que no esté loco,
Lo malo, ya mucho ó poco,
Lo bueno si es escesivo.



FABULA L.

LOS DOS HERRADORES.



Yo conocí un mariscal,
Vulgo albeitar ó herrador,
Sempiterno clavador
De todo pobre animal.
Lo parece, mas no es cuento,
Tan buena maña se daba,
Que los caballos clavaba
Noventa y nueve de ciento.
Era antiguo en el lugar,
Y habia en la vecindad
Un mozo de habilidad
Que acababa de llegar.
Pasaron dos viageros,
Cuyas dos cabalgaduras,
Venian sin herraduras
En los remos delanteros.

Infórmanse de un vecino
Que les dá cuenta cabal
Del antiguo mariscal,
Y del que hace poco vino
—El viejo es malo en verdad,
El otro no se ha estrenado,
Varios me han asegurado
Que es mozo de habilidad.
—Con él voy, dijo Perico,
Que siendo el otro tan lerdo
En probar, qué diablos pierdo?
¿Tu qué piensas hacer chico?
—Lo que es razon he de hacer
Andres replicó atrevido,
Vale mas mal conocido
Que bueno por conocer.
Y diciendo esta sandez
Váse al viejo sin demora;
Al cabo de media hora
Pónense en marcha otra vez.
Vuela de Perico el jaco,
A poco dícele Andres:
—Esta cogea ¿no ves?
Sí por vida del Dios Baco.—
Y era tan urgente el caso
Que antes de andar media legua,

Clavada la pobre yegua
No podia dar un paso.
—Me alegro por San Beltran,
Esclamó Pedro con risa,
Vete ahora si tienes prisa
Caballero en tu refran.
Cuando el refran es prudente
Yo como nadie le aprecio,
Mas de los que están en necio
Me rio bonitamente.
Y creo razon tener,
Cuando siempre he preferido
A lo malo conocido
Lo bueno por conocer.



ADVERTENCIA.

En la fábula XXI hemos escrito de propósito DAGUEROTIPO y no DAGUERREOTIPO (que ha sido lo mas usado hasta aqui). Esta palabra asi escrita es dura y desagradable, resultando malísimos todos sus derivados: como nosotros la pronunciamos y escribimos, es suave y sonora, conservando en la primera parte lo suficiente para que la etimologia inmortalice el nombre célebre del inventor Daguerre.

INDICE.

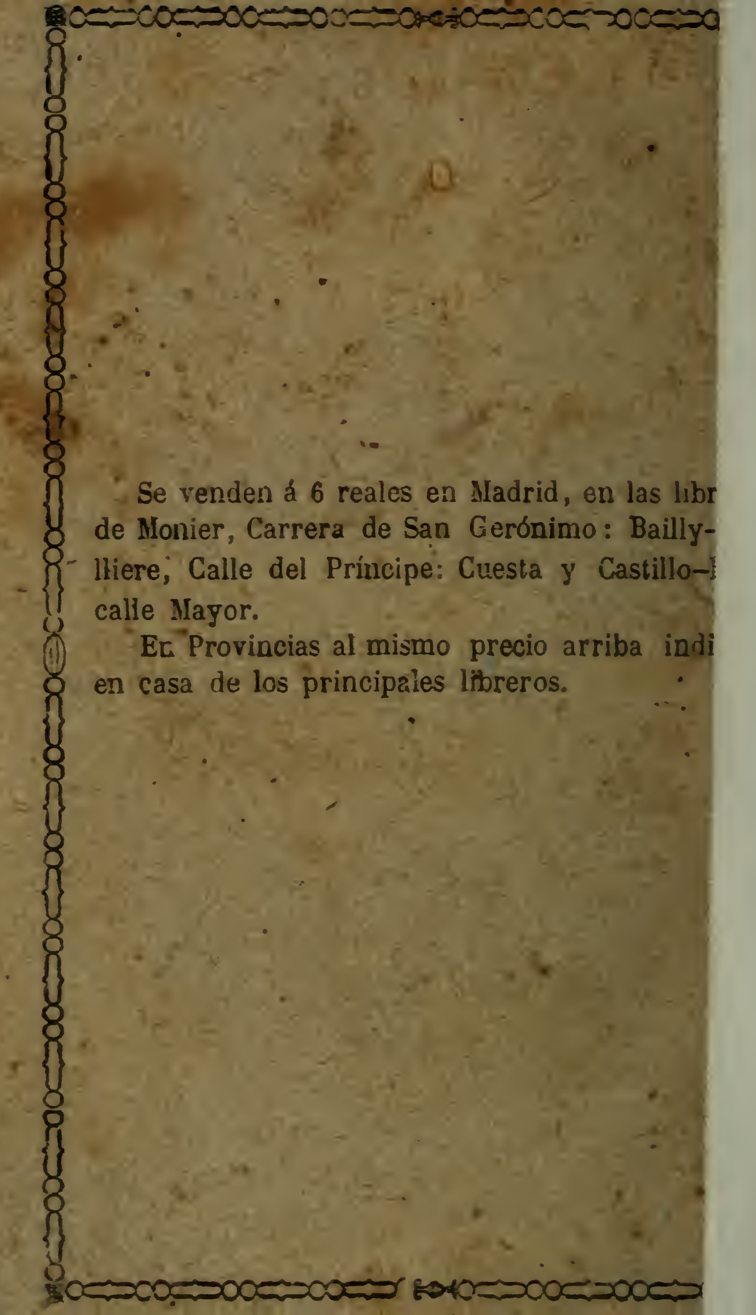
FABULAS.		PAG.
I	El sóbrio y el gloton.	7
II	El rio y el arroyo.	9
III	El oso y el lobo.	12
IV	El leon enfermo.	16
V	La pera verde y podrida.	21
VI	La verdad en la feria.	23
VII	El perro y el gato.	30
VIII	Los dos caballos.	35
IX	El espejo y la verdad.	39
X	El testamento del leon.	42
XI	El aturdido.	46
XII	El niño y la ortiga.	49
XIII	Los gemelos.	51
XIV	El oso y el reló.	52
XV	El jugador grave.	56
XVI	Los cumplimientos.	59
XVII	Quien á quien.	63
XVIII	Las dos perras.	65
XIX	Los monos arquitectos.	70
XX	El gorrion y la hormiga.	75
XXI	El daguerotipo y la pintura.	81
XXII	El temple.	84
XXIII	El murciélago y el ruiseñor.	86
XXIV	El mono artista.	88

FABULAS.		PAG.
XXV	El anteojo.	92
XXVI	Los sentidos.	94
XXVII	El chaparron de las truchas.	95
XXVIII	El hierro y el topacio.	100
XXIX	El cordero con garras de leon.	101
XXX	La envidia y la vanidad.	104
XXXI	La torre cuadrada.	106
XXXII	El lobo murmurador.	108
XXXIII	El pajarero.	110
XXXIV	El vidrio y el brillante.	113
XXXV	El jugador afortunado.	115
XXXVI	Los hijos de Lucia.	117
XXXVII	La fuente.	118
XXXVIII	El retratista.	121
XXXIX	El perro hambriento y el harto.	123
XL	Los náufragos.	127
XLI	Los dos perros.	130
XLII	La rosa y la espina.	132
XLIII	La parcialidad.	133
XLIV	El oso acusado por el buey y defendido por el lobo.	135
XLV	El artista y el artesano.	138
XLVI	Las raposas.	142
XLVII	El cálculo.	144
XLVIII	El párroco y sus feligreses.	146
XLIX	La corza y la raposa.	150
L	Los dos herradores.	153

ERRATAS.

Pág.	*Lin.*	*Dice.*	*Léase.*
29	7	inapreciable	inapelable
42	3	Panteras	panteras
54	9	echo	hecho
61	20	qne	que
61	25	Freyjóo	Feyjóo
64	4	Inlerrumpióle	Interrumpióle
98	1	lmagine	Imagine
103	7,8.9 y 10	. . . .	Deben entenderse como de letra bastardilla.
144	14	Y	X

12/6



Se venden á 6 reales en Madrid, en las libr de Monier, Carrera de San Gerónimo: Bailly-lliere, Calle del Príncipe: Cuesta y Castillo– calle Mayor.

En Provincias al mismo precio arriba indi en casa de los principales libreros.

